

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA HERENCIA DEL PECADO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

14
MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1869.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...

Amor de antaño.

Abelardo y Eloisa.

Abnegación y nobleza.

Ángela.

Afectos de odio y amor.

Arcanos del alma.

Amar después de la muerte.

Al mejor cazador...

Achaque quieren las cosas.

Amor es sueño.

A caza de cuervos.

A caza de herencias.

Amor, poder y pelucas.

Amar por señas.

A falta de pan...

Artículo por artículo.

Aventuras imperiales.

Achaques matrimoniales.

Andarse por las ramas.

A pan y agua.

Al África.

Bonito viaje.

Boadicea, *drama heroico*.

Batalla de reinas.

Berta la flamenco.

Barómetro conyugal.

Bienes mal adquiridos.

Bien vengas mal si vienes solo.

Bondades y desventuras.

Corregir al que yerra.

Cahizares y Guevara.

Cosas suyas.

Calamidades.

Como dos gotas de agua.

Cuatro agravios y ninguno.

Como se empeñe un marido!

Con razón y sin razón.

Como se rompen palabras.

Conspirar con buena suerte.

Chismes, parientes y amigos.

Con el diablo á cuchilladas.

Costumbres políticas.

Contrastes.

Catilina.

Carlos IX y los Hugonotes.

Carniola.

Candidito.

Caprichos del corazón.

Con canas y polleando.

Culpa y castigo.

Crisis matrimonial.

Cristóbal Colon.

Corregir al que yerra.

Clementina.

Con la música á otra parte.

Cara y cruz.

Dos sobrinos contra un tío.

D. Primo Segundo y Quinto.

Deudas de la conciencia.

Don Sancho el Bravo.

Don Bernardo de Cabrera.

Dos artistas.

Diana de San Roman.

D. Tomás.

De audaces es la fortuna.

Dos hijos sin padre.

Donde menos se piensa...

D. José, Pepe y Pepito.

Dos mirlos blancos.

Deudas de la honra.

De la mano á la boca.

Doble emboscada.

El amor y la moda.

¡Está loca!

En mangas de camisa.

El que no cree... resbala.

El niño perdido.

El querer y el rascar...

El hombre negro.

El fin de la novela.

El fláutropo.

El hijo de tres padres.

El último vals de Weber.

El hongo y el miriñaque.

¡Es una malva!

Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.

El oncenno no estorbar.

El anillo del Rey.

El caballero feudal.

¡Es un ángel!

El 5 de agosto.

El escondido y la tapada.

El licenciado Vidriera.

¡En erisis!

El Justicia de Aragón.

El Monarca y el Judío.

El rico y el pobre.

El beso de Judas.

El alma del Rey García.

El afán de tener novio.

El juicio público.

El sitio de Sebastopol.

El todo por el todo.

El gitano, ó el hijo de las Alpu-

jaras.

El que las da las toma.

El camino de presidio.

El honor y el dinero.

El payaso.

Este cuarto se alquila.

Esposa y mártir.

El pan de cada día.

El mestizo.

El diablo en Amberes.

El ciego.

El protegido de las nubes.

El marqués y el marquésito.

El reloj de San Plácido.

El bello ideal.

El castigo de una falta.

El estandarte español en las cos-

tas africanas.

El conde de Montecristo.

Elena, ó hermana y rival.

Esperanza.

El grito de la conciencia.

¡El autor! ¡El autor!

El enemigo en casa.

El último piebón.

El literato por fuerza.

El alma en un hilo.

El alcalde de Pedroñeras.

Egoísmo y honradez.

El honor de la familia.

El hijo del ahogado.

El dinero.

El jorobado.

El Diabolo.

El Arte de ser feliz.

El que no la corre antes...

El loco por fuerza.

El soplo del diablo.

El pastelero de París.

Furor parlamentario.

Faltas juveniles.

Francisco Pizarro.

Pé en Dios.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó e

ahijado de todo el m

Genio y figura.

Historia china.

Hacer cuenta sin la lu

Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcón.

Indicios vehementes.

Isabel de Mediceis.

Ilusiones de la vida.

Imperfecciones.

Intrigas de tocador.

Ilusiones de la vida.

Jaimé el Barbudo.

Juan sin Tierra.

Juan sin Pena.

Jorge el artesano.

Juan Diente.

Los nerviosos.

Los amantes de China

Lo mejor de los dados

Los dos sargentos esp

Los dos inseparables.

La pesadilla de un cas

La hija del rey René.

Los extremos.

Los dedos huéspedes.

Los éxtasis.

La posdata de una cart

La mosquita muerta.

La hidrofobia.

La cuenta del zapatero

Los quid pro quos.

La Torre de Londres.

Los amantes de Teruel

La verdad en el espejo

La banda de la Condes

La esposa de Sancho el

La boda de Quevedo.

La Creación y el Diluv

La gloria del arte.

La Gitanilla de Madri

La Madre de San Fern

Las flores de Don Juan

Las apariencias.

Las guerras civiles.

Lecciones de amor.

Los maridos.

La lápida mortuoria.

La bolsa y el bolsillo.

La libertad de Florencia

La Archiduquesita.

La escuela de los amig

La escuela de los perd

La escala del poder.

Las cuatro estaciones.

La Providencia.

Los tres banqueros.

Las huérfanas de la Ca

La ninfa Iris.

La dicha en el bien aje

La mujer del pueblo.

Las bodas de Camacho

La cruz del misterio.

Los pobres de Madrid.

La planta exótica.

Las mujeres.

La unión en África.

Las dos Reinas.

La piedra filosofal.

La corona de Castilla

La calle de la Montera

Los pecados de los pad

Los infieles.

Los moros del Riff.

LA HERENCIA DEL PECADO.

LA HERENCIA DEL PECADO,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ MARIA NOGUÉS

Y

DON ALEJANDRO BENISIA.

Estrenado en el Teatro de la Zarzuela, la noche del 15 de
Enero de 1869, á beneficio de D. Antonio Zamora.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1869.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA INÉS.....	D.° TEODORA LAMADRID.
ELVIRA.....	CÁNDIDA DARDALLA.
GUADALUPE (mulata)... ..	CÁRMEN FENOQUIO.
DON ANSELMO.....	D. VICTORINO TAMAYO.
DON FERNANDO.....	ANTONIO ZAMORA.
DON DIEGO.....	JOSÉ IZQUIERDO.
VICENTE... ..	EMILIO MARIO.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL MUY APLAUDIDO
PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DE ESCENA
DON VICTORINO TAMAYO.

Testimonio de cariñosa amistad

DE
Los Autores.

672406

Digitized by the Internet Archive
in 2014

ACTO PRIMERO.

Gabinete adornado con gusto. Dos puertas: una al foro, y otra á la izquierda. Á la derecha (actor), una chimenea, y sobre el mármol, bustos del emperador de Francia, del de Rusia y de otros monarcas reinantes. Delante de la chimenea, dos butacas y un velador con libros, albums de retratos, etc. Riqueza y elegancia en todos los detalles accesorios.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE.

De pie junto al velador hojeando un album de retratos.

Sin duda alguna, el progreso
es una excelente cosa:
en todo... hasta en los retratos!
Antes, iba una persona
á retratarse, y despues
de tenerla varias horas
inmóvil como una estatua,
ó le sacaban la boca
torcida, ó los ojos bizcos,
ó la nariz larga ó corta,
siendo preciso un letrado
con unas letras muy gordas,

que dijera: este es fulano.
No pasa lo mismo ahora,
y á la prueba me remito.
La fotografía copia
defectos y perfecciones
con exactitud pasmosa.
(Examinando las hojas del album.)
Este grupo es de Juliá:
gran fotógrafo!... Aquí asoma
el busto de Garibaldi:
¡qué cabeza y qué...—Una monja:
quién será?—La Penco, el Tato,
la Kennebel, amazona
que gustó mucho en Madrid:
la conozco: qué bien monta,
y qué bien trabaja en pelo!
Tiene á sus piés dos coronas.—
Victor Manuel... Antonelli.
Serrano, O'Donnell, Prim...

ESCENA II.

EL MISMO y GUADALUPE.

Guadalupe entrando con un plumero en la mano por la puerta
de la derecha y acercándose á Vicente.

GUAD.

Hola!

¿se entretiene usted en ver
los retratos?

VIC. (Volviendo la cabeza con indiferencia.) Sí señora.

GUAD. Y mientras, la chimenea
sin encender.

VIC.

Y qué importa?

Hoy no la enciendo: hace un día
de primavera. Usted nota
el frío, porque le pasa
lo que le pasa á las moscas,
que viven con el calor.
Aquí ni el mamey sazona
ni la caña del azúcar:
cuando el Guadarrama sopla,

corre un gris tan delicioso,
que pelechan las cotorras:
si usted pelechar no quiere,
dé usted principio á su obra,
poniendo en órden los bártulos
que este gabinete adornan.

GUAD. La ocurrencia...

VIC. (Con tono imperativo.) Á trabajar!

GUAD. Tiene chiste!

VIC. Punto en boca!

Sacúdale usted el polvo
á Napoleon, y á todas
esas figuras. Más fuerte!

(Señala los bustos que están sobre la chimenea. Guadalupe los sacude con el plumero.)

No tema usted que se rompan,
tienen la cabeza dura:

son de bronce. Basta: toca
el turno á este velador.

Por la izquierda!... Á la consola!...

GUAD. Me aturde usted!

VIC. Vamos! vamos!

ponga usted bien esa alfombra!

GUAD. Vaya un tono imperativo!

Conserva usted aún no pocas
reminiscencias del tiempo
en que al frente de la tropa,
si puede á los milicianos
llamarse así...

VIC. (Con acritud.) Quién lo estorba?

GUAD. Explicaba usted á voces
la táctica, y la...

VIC. Esas cosas,

no quiero que usted ni nadie
me las recuerde con sorna.
Yo he zurrado á los facciosos:
tengo heridas que me honran,
y aunque visto de paisano,
huele á milicia mi ropa.

Aculotado me encuentro
como una pipa, señora,
no con humo d tabaco,

- sino con humo de pólvora.
GUAD. El flaco de usted, Vicente,
es la milicia.
- VIC. Esta es otra!
ni es mi flaco, ni es mi fuerte.
- GUAD. Como veo que usted toma
estas cuestiones en serio.
- VIC. No me gustan ciertas bromas.
- GUAD. Cuándo será usted amable?
- VIC. Cuando no sea usted cócora!
- GUAD. Está visto, que es usted
aquí la sola persona,
que, con razon ó sin ella,
siempre grita, y se incomoda.
- VIC. Dice el refran: «cria fama...»
- GUAD. Pero si aquí ni una mosca
suena cuando usted no riñe.
Don Anselmo y la señora
tienen un génio excelente.
- VIC. Es verdad; pero no importa,
tambien cuando llega el caso
con buen génio se alborota.
- GUAD. En cuanto á los señoritos
son dos ángeles.
- VIC. Me consta:
dos ángeles, que en el mundo,
quieren encontrar la gloria:
y á su edad... lo que yo hacia...
no se piensa en otra cosa...
GUAD. Acabe usted.
- VIC. Que en mirar
á quien el alma nos roba...
- GUAD. Vicente!
- VIC. Pues qué, es mentira?
- GUAD. Sin duda usted se equivoca,
y hace mal...
- VIC. Digo y repito,
sin andarme con retóricas,
que he sorprendido miradas
y sonrisas cariñosas...
- GUAD. Bah! bah!
- VIC. Y que con sus acciones

mis sospechas corroboran.

GUAD. Toca usted el violon!

VIC. ¿Algúen de fijo le toca;
pero el *álguen* no es Vicente.

GUAD. Por ventura, usted ignora,
que juntos se han educado?
El cariño que se nota
en ellos, es fraternal.

VIC. El fuego junto á la estopa...

GUAD. No prende siempre.

VIC. Ha prendido.

GUAD. Veremos quién se equivoca.

VIC. ¿Qué significa sí no,
la ansiedad y la zozobra
que, á veces, se pinta en ellos?

GUAD. Yo no he visto...

VIC. Usted es tonta!

Si entre los dos no existiese
inteligencia amorosa...

GUAD. No siga usted. Ante todo,
recuerde usted una cosa...

VIC. Cuál?

GUAD. Que Fernando ..

VIC. Es bastardo?

GUAD. Precisamente.

VIC. Y qué importa?

No ha sabido conquistarse
lo que sus padres le roban?
La estimacion!...

GUAD. (Procurando cambiar de conversacion.) Es verdad!
Pero es materia muy honda
la presente, y no debemos
discutir... Doblo la hoja.

(Pausa, durante la cual Vicente observa la inquietud que, á su pesar, se advierte en Guadalupe.)

VIC. Cuando por casualidad
al señorito se nombra,
he observado, Guadalupe,
que usted se inmuta y se azora...

GUAD. Yo?...

VIC. Le tiene usted inquina?

GUAD. Al contrario!

- VIC. Que se nota mudanza en usted, no hay duda: ¿no está usted inquieta ahora? Y por cierto que lo extraño: si no miente mi memoria, usted fué quien trajo á casa compasiva y cariñosa á esa pobre criatura, que halló desvalida y sola.
- GUAD. Y á qué viene recordar pormenores de una historia que mejor que usted sé yo?
- VIC. Seguramente: me consta; pero con tantos misterios...
- GUAD. No hay misterios...
- VIC. No?—De sobra! Cuando me tentó el demonio, que fué tentacion diabólica, y me marché á Puerto Rico el cuarenta y tres, la honra tuvo usted de conocerme, porque esa fecha remota, fijó mi entrada al servicio de esta familia.
- GUAD. Y ahora, dígame usted, ¿á qué viene tan extraña jerigonza?
- VIC. Viene á probar lo que he dicho: que hay misterios.
- GUAD. Dale, bola!
- VIC. Ó que los hubo.
- GUAD. Tampoco.
- VIC. Mis recuerdos no se borran fácilmente: usted tramaba con habilidad pasmosa mil embrollos...
- GUAD. Qué locura!
- VIC. Y buscaba usted mil formas, para explicar una accion caritativa y piadosa, que explicaba fácilmente la verdad monda y lironda.

Es cierto, que don Anselmo
por entónces vino á Europa
á plantear sus negocios
mercantiles...

GUAD.

Y qué?

VIC.

Toma!

que como hácia España íbamos
tambien á poner la proa,
la conveniencia exigia
hacerle tragar la droga...

GUAD.

Maldiciente!

VIC.

No hablo mal
de una accion tan meritoria,
y...

GUAD.

Esa accion, como usted sabe,
fué debida á la señora...

VIC.

Cierto.

GUAD.

Acogió á un inocente
de tres años... santa obra,
que su marido aplaudió...

VIC.

Y que yo aplaudo con toda
mi alma, pues quiero al chico
cual si fuera cosa propia;
pero...

GUAD.

Digo lo que ántes:
conviene doblar la hoja.

VIC.

Por mí doblada.

(Suenan dentro una campanilla,)

GUAD.

Han llamado.

VIC.

(Tortuga con siete conchas!...)

GUAD.

Quién podrá ser?

VIC.

(Con acritud.) El demonio!

GUAD.

Qué genio tan...

VIC.

(Al salir por el foro.) Mala bomba!...

ESCENA III.

GUADALUPE.

Con Vicente es necesario
ser cauta, porque es muy listo:
qué tenacidad! No he visto

un hombre más temerario!...
Dice, que inquieto se afana,
que por la niña amor siente
Fernando.—Bah! Solamente
la quiere como á una hermana.
Confieso que me alarmó.
Cuánto nos cuesta el cariño
de ese desgraciado niño
que doña Inés recogió!...

ESCENA IV.

LA MISMA y D. DIEGO.

DIEGO. (Entrando por el foro.)
Buenos dias, Guadalupe.
GUAD. El señorito don Diego!
Muy bien venido!
DIEGO. Y tus amos?...
en dónde están?...
GUAD. Allá dentro.
Les voy á avisar al punto.
DIEGO. Si están ocupados, déjalos.
GUAD. Bueno es decirles...
DIEGO. Ya sabes
que no soy de cumplimiento.
(Váse Guadalupe por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

D. DIEGO y VICENTE.

Vicente aparece por la puerta del foro al mismo tiempo que
Guadalupe se retira de la escena.

DIEGO. Qué tal, Vicente, qué tal
en Carabanchel?
Vic. Pasando,
como Dios quiere, y pensando,
en que soy un animal.
Pues la inquietud que me acosa
me prueba con su porfia,

que, así como la alegría,
la tristeza es contagiosa.
Y no me curo por eso:
siempre las penas ajenas
vienen á aumentar mis penas...
pues!... porque soy un camueso!

DIEGO. Si no te explicas... Qué pasa?

VIC. Sé, sin saber qué ha pasado,
que desde ayer se ha ausentado
el júbilo de esta casa.
Soy un sirviente leal,
tengo á la familia apego,
y sufro mucho, don Diego,
porque soy un animal!

DIEGO. Alguien está enfermo?

VIC. No.

DIEGO. Me sorprende...

VIC. Á mí tambien.

DIEGO. Pero tú no sabes, quién
tanto disgusto causó?

VIC. Solo sé, que este suceso
mi carácter no corrige,
por la razon que ántes dije:
porque yo soy un camueso!
Qué quiere usted?... Soy así:
no me importa el *qué dirán*:
debo á esta familia el pan,
y la quiero... porque sí!
No se dé por entendido. .

DIEGO. La discrecion te prometo.

VIC. Usted no está en el secreto,
ó por mí nada ha sabido...
Pues mucho me doleria,
si don Anselmo se enterara,
que á mis años me dijera,
que llevaba y que traía...
Calme usted el temporal:
si por todos me intereso,
es... porque soy...

DIEGO. Un camueso?

VIC. No señor: un animal!

DIEGO. Tú eres honrado, eres bueno...

VIC. Quién? yo?
DIEGO. Vales un Perú!
De animales como tú,
debiera el mundo estar lleno.
VIC. Muchas gracias... Viene gente!
Á que no me he equivocado!...
Observe usted...
DIEGO. No hay cuidado.
VIC. Me retiro.
DIEGO. Adios, Vicente.

ESCENA VI.

D. DIEGO, DOÑA INÉS, ELVIRA, D. ANSELMO y FERNANDO.

ANS. (Abrazando á D. Diego con efusion.)
Con placer veo, que tu
promesa no has olvidado.
DIEGO. Es deuda lo prometido,
y lo que debo, lo pago.
Qué tal, Inés?
INES. Bien.
DIEGO. Y Elvira,
y nuestro amigo Fernando?
FERN. Como siempre. Y usted?
DIEGO. Yo?...
cuando de la corte salgo,
y respiro el aire puro,
que se respira en el campo,
me parece que me quito
de encima nueve ó diez años,
y estoy dispuesto á gozar,
y á reir como un muchacho.
Trabaja usted mucho ahora?
FERN. Poco...
(Se sientan Inés y Elvira, cada una á un lado del
velador.)
DIEGO. (Con extrañeza.) Poco?
FERN. Si me paso
las horas en el jardin.
ANS. Tambien en él hace cálculos
y combinaciones.

DIEGO. (Con intencion.) Pero
son cálculos matemáticos?

FERN. Hay de todo.

DIEGO. Hola! esa frase
se presta á mil comentarios.

ANS. Explica su situacion
presente, y esto es lo exacto.
Preocupadas mi mujer
y Elvira, le han contagiado.

DIEGO. Preocupadas?

ANS. Que ellas hablen.
No es esto así?

INES. Á qué negarlo?
Pero qué importa, si todos
tu voluntad respetamos?

ANS. Si es cuestion de conveniencia
para él. Si solo trato
de que llegue á tener base
su fortuna.

DIEGO. Bien pensadó!

ANS. Pues el origen de todo
es este.

INES. Pero si aplaudo
tu pensamiento.

ANS. No obtiene
la totalidad tu aplauso,
ni el de Elvira.

ELVIRA. Yo... señor...

ANS. Sé franca: si no lo extraño.
Sois mujeres, y en vosotras
es natural el reparo
que poneis, dando al olvido,
que la fortuna á las manos
no se viene, y que es forzoso,
que de nuestra parte hagamos
mucho, para que la espalda
nunca nos vuelva.

DIEGO. Es exacto.

Pero explícame...

ANS. El asunto,
es muy sencillo y muy claro.

DIEGO. Habla.

ANS.

Se trata de hacer
un viaje á los Estados
Unidos.

DIEGO.

Pues qué sucede?
tus negocios...

ANS.

Hé aquí el caso:
Tú sabes, que en Puerto-Rico,
hace ya diez y seis años,
apenas vivir podia
con mi sueldo de empleado.
Sabes tambien, que la suerte
vino entónces en mi amparo
debiendo á la lotería
lo que me negó el trabajo:
que me dediqué al comercio,
y que á España regresamos
con nuestra querida Elvira,
y con un niño, Fernando,
cuya existencia, Dios quiso
cnfiar á mi cuidado.
Cuanto pudiera decir,
ya que de este asunto hablamos,
acerca de su honradez,
de su aplicacion y claro
talento, fuera muy poco
con la verdad comparado.

FERN.

Pero señor...

ANS.

Hijo mio,
no te elogio: solo hago
justicia á las cualidades
con que el cielo te ha dotado.
Por esta razon es justo,
que en tu porvenir pensando,
te proporcione los medios
de adquirir en breve plazo
una fortuna que sirva
de recompensa al trabajo,
y para lograr mis fines
ni un momento he vacilado
en confiarte un negocio,
que requiere sumo tacto.

DIEGO.

Luego quien pasa á la América

del Norte, es él?

ANS.

De eso trato.

Mi corresponsal me ha escrito:
ayer la carta á mis manos
llegó, y en su vista tuve
que resolver en el acto,
porque el asunto es urgente,
quién habia, autorizado
por mí, de representarme
en un negocio que es árduo,
pero que sin duda alguna
dará pingües resultados?

DIEGO.

Me explico perfectamente
lo que pasa: de un extraño
no te habias de valer...

ANS.

(Á su mujer y á su hija.)

Estais oyendo? (Á Diego.) Has usado
las mismas frases que yo.

Como siempre, respetando
mi voluntad, él no opone
á esta expedicion reparo.

Inés y Elvira, asustadas,
son las que están cavilando,
pues temen las contingencias
desastrosas de un naufragio.

Ya se figuran que ven
volar por el aire el barco,
ó que dá contra un escollo
haciéndose mil pedazos!...

En fin, su imaginacion
en continuo sobresalto
las tiene.

DIEGO.

Pues no hay motivo...

ELVIRA.

Yo no puedo remediarlo.

DIEGO.

El viaje á las Américas,
como en vapor es tan rápido,
bien se puede asegurar,
que es de recreo...

ANS.

Está claro!

DIEGO.

Más tiempo se echa por tierra
en ir á Galicia.

ANS.

Estamos

de acuerdo.

DIEGO. Y la juventud
como se ilustra es viajando.

INES. Tiene usted mucha razon;
pero él de nuestro lado
nunca ha salido...

ANS. Y qué importa?

ELVIRA. Ir solo!...

ANS. El peligro acaso,
se aumenta ó se disminuye
porque vaya acompañado?

ELVIRA. No señor; pero...

ANS. (Á Diego.) Ya ves:
no cuesta tanto trabajo
separar por algun tiempo
á dos que se estén amando.

INES. (Qué dice? Dios no permita
que esa idea!...)

DIEGO. Vamos, vamos!

Ante todo, hay que pensar
en el porvenir.

ANS. Exacto.

Fernando no es nuestro hijo,
y si mañana faltamos...

FERN. Si me falta mi familia,
para mí el mundo ha acabado,
y ni ambiciono riquezas,
ni nada quiero...

ANS. Ese rasgo
es propio de tu carácter:
no me sorprende, y tu hidalgo
proceder, mi pensamiento
me obliga á llevar á cabo.
Parte á América: á lo sumo
durará tu ausencia un año,
y cuando á tu hogar regreses
te estrecharán nuestros brazos.

DIEGO. (Dirigiéndose á Inés y á Elvira.)
Un año transcurre pronto,
vendrá rico, y trabajando
será un Salamanca, un Rostchild,
un hombre, en fin, millonario.

Conque á disipar las nubes
que un momento encapotaron
el cielo de la alegría
que aquí siempre disfrutamos.

ANS. Dices muy bien. Cuando gustes
puedes pasar á tu cuarto.
(A Inés.) Tú cuida, que del almuerzo
no se olviden. Entre tanto
voy á escribir unas cartas...

DIEGO. (Vicente caza muy largo!)
INES. (Quiera Dios que no me venda
la inquietud con que batallo!)

(Estos dos versos los dice Doña Inés fijándose con
marcada atencion en Elvira y en Fernando. Vánse
Anselmo y Diego por la derecha. Doña Inés, por la
izquierda.)

ESCENA VII.

ELVIRA y FERNANDO.

ELVIRA. Una frase, una palabra,
tu oposicion no evidencia,
cuando sabes que tu ausencia
nuestra desventura labra.

FERN. Solo he debido callar,
que aunque mi pecho taladre,
á un mandato de tu padre
yo no puedo replicar.

ELVIRA. Fernando, la suerte ingrata
¡cuánto mal nos ha causado!

FERN. Este golpe inesperado
nuestros planes desbarata.
Por tí no vacilaria,
siendo rey, en dar mi trono,
que más bienes no ambiciono,
que tu amor, Elvira mía.
Mas hoy mi felicidad
pierdo al marcharme de aquí;
que es sin verte, para mí,
un año, la eternidad!

Esto de dolor me llena,
y el mal no tiene remedio!

ELVIRA. Forzoso es hallar un medio,
que mitigue nuestra pena.

FERN. Y si tu padre ha llegado
nuestro amor á descubrir,
y queriéndolo impedir,
á este recurso ha apelado?

ELVIRA. No es posible.

FERN. Hace un momento,
despertó en nuestra memoria
el recuerdo de la historia
de mi humilde nacimiento.
No temes que pueda haber
de su parte oposicion?...

ELVIRA. Si es tuyo mi corazon,
nada tienes que temer!
Vivo de tí enamorada,
porque tú mi amor mereces,
y aunque un nombre no me ofreces,
me ofreces un alma honrada!

FERN. Y él, como tú pensará?

ELVIRA. (Tomando una resolucion despues de una ligera
pausa.)

Con su generosa ayuda,
confio, en que de esta duda
don Diego nos sacará.

FERN. Don Diego?

ELVIRA. Seguramente.

Nada sabe todavía,
y con él franca seria
sin ningun inconveniente.

FERN. Su auxilio no será vano,
si por los dos se interesa,
que tu padre le profesa
el cariño de un hermano.

ELVIRA. De su amistad me prometo.
pues útil nos puede ser.
que hoy mismo le hará saber
nuestro amoroso secreto.

FERN. Y sospechas que...

ELVIRA. Quizás

logre impedir tu partida.
FERN. No te deberé la vida:
te deberé mucho más!
Con el corazon te dí,
Elvira, mi confianza.

ELVIRA. En Dios fundo mi esperanza:
tú, fúndala en Dios y en mí.

FERN. No lo dudes.

ELVIRA. Hasta luego.

FERN. Con impaciencia te aguardo.

ELVIRA. En ir en tu busca tardo
lo que en hablar con don Diego.
(Váse Fernando por la izquierda.)

ESCENA VIII.

ELVIRA.

Feliz ó adversa, á mi suerte
correrá su suerte unida:
ó el amor nos da la vida,
ó el amor nos da la muerte!

ESCENA IX.

LA MISMA y D. DIEGO.

DIEGO. (Saliendo por la puerta de la derecha.)
Hola, Elvira.

ELVIRA. (Á tiempo llega!)

DIEGO. Aun sigue nublado el cielo?

ELVIRA. En busca de usted salía...

DIEGO. Es decir, que llego á tiempo?
Qué ocurre?

ELVIRA. Mucho.

DIEGO. Sepámos.

ELVIRA. (Con embarazo.)
Que hablar con usted deseo.

DIEGO. Con la mayor confianza
sabe usted que puede hacerlo.

ELVIRA. Mendoza, más que un amigo,
en usted todos tenemos

un pariente cariñoso,
franco, leal y discreto,
que goza con nuestro júbilo,
y sufre con nuestro duelo.
Nadie tiene con mis padres,
y es muy justo, y yo me alegro,
el ascendiente que usted:
por esta razón deseo...
que defienda usted mi causa
haciéndola suya...

DIEGO. Pero
ante todo, es necesario,
que tenga conocimiento
de lo que usted...

ELVIRA. Al viaje
de Fernando me refiero.

DIEGO. Ya!

ELVIRA. Papá quiere que parta...

DIEGO. Y usted que se quede.

ELVIRA. Es cierto.

DIEGO. Recordará usted que estuve
en esta cuestión de acuerdo
con su padre de usted...

ELVIRA. Sí.

DIEGO. Cómo cambio en un momento
de parecer?

ELVIRA. Es muy fácil.

DIEGO. Que es muy fácil?

ELVIRA. Hay un medio.

DIEGO. Sepamos cuál.

ELVIRA. Muy sencillo!

DIEGO. Entónces mejor!

ELVIRA. (Con embarazo.) Anheló...
ó mejor dicho, anhelamos,
que de nuestros sentimientos
usted intérprete sea...
y de este modo...

DIEGO. No entiendo.

ELVIRA. Se trata de amor.

DIEGO. De amor?

ELVIRA. (Con más confianza.)
Afirman, que amor es ciego:

quien ame quizás no vea,
que los demás están viendo;
pero si ven los demás...

DIEGO. Nada he visto, lo confieso.

ELVIRA. Usted sin amar no ha visto?

Pues este es un caso nuevo!

Dice el adagio: al amor
le pasa lo que al dinero;
que no puede estar oculto.

DIEGO. Me parece que ahora empiezo
á comprender...

ELVIRA. Francamente:

Fernando y yo nos queremos.

DIEGO. (Torpe estuve: en su insistencia,
he debido comprenderlo.)

Su padre de usted no tiene
de éste amor conocimiento?...

ELVIRA. Nosotros no le hemos dicho
nada; mas si el comprenderlo
pudo en esos mil detalles,
que hacen traición al silencio...

DIEGO. Lo ignora, sin duda alguna,
pues sus palabras recuerdo.

ELVIRA. La amistad de usted invoco,
precisamente por eso.

Si ignora, como usted dice,
que nos liga amante afecto,
que al amor nuestras dos almas
se abrieron á un mismo tiempo;

más aún, que sin amarnos
la vida no comprendemos.

una vez que nuestro enlace
no puede tener efecto,

si, lo que Dios no permita,
nos niega su asentimiento...

consulte usted su opinion;
que, como acceda á mi anhelo,

conseguido lo segundo,
se consigue lo primero.

Es decir: Fernando entónces,
ni partirá, ni...

DIEGO. Ya entiendo.

ELVIRA. Accede usted á mis súplicas?

DIEGO. Quién puede dudarle? Accedó:
y haré más; si él opusiera
contra ese amoroso intento
alguna dificultad,
insistiré con empeño,
haciendo en favor de ustedes
el más poderoso esfuerzo.

ELVIRA. Gracias.

DIEGO. De qué?

ELVIRA. (Yendo y volviendo.) Amigo mio,
me infunde usted nuevo aliento...
si no sé cómo expresar
mi gratitud... Voy corriendo...
quiero que sepa Fernando...
Pero usted... no le hay más bueno,
ni... Mil gracias!

DIEGO. (Pobre niña!

Cuánto ama!)

ELVIRA. Á darle vuelvo
las gracias!... El pobrecillo
esperará mi regreso
con impaciencia!... Su júbilo,
como el mio, será inmenso!
y es natural... Muchas gracias!...

DIEGO. Pero por Dios!...

ELVIRA. (Váse corriendo.) Hasta luego!

ESCENA X.

D. DIEGO.

Angelical criatura,
sin malicia y sin doblez!...
Feliz yo, si de esta vez
puedo labrar su ventura!
Y sus padres? Cómo así
caminan inadvertidos?
Van á quedar sorprendidos
cuando se enteren por mí...

ESCENA XI.

El MISMO y D. ANSELMO.

ANS. (Por la derecha.)
Qué estás haciendo aquí solo?
Vengo de ver si en tu cuarto
te encontraba...

DIEGO. Con tu hija,
que hace poco se ha marchado,
me entretuve aquí en hablar...

ANS. De mi proyecto? Sé franco.

DIEGO. De cuál?

ANS. Del viaje del
chico.

DIEGO. Justo: á qué negarlo?

ANS. Es una monomanía
la que se ha apoderado
de Inés y de Elvira. Sueñan
con la mar y con el barco...
¿Sabes, que á ser yo egoísta
me inspiraría cuidado
el excesivo cariño
que profesan á Fernando?

DIEGO. Anselmo!

ANS. Esta observacion
no merece... ¿Qué apostamos,
á que mi hija desea
que te pases á su bando,
y que en favor de su causa
te muestres interesado?

DIEGO. Es verdad.

ANS. Gracias que tú,
cuando de este asunto hablamos,
tu parecer expusiste...
y si la razon me has dado,
y estás conmigo de acuerdo,
es seguro que...

DIEGO. No trato
de sostener que te falte
la razon, porque has obrado

lo mismo que yo obraría
al encontrarme en tu caso;
pero...

ANS. Se te ocurre un *pero*?...

DIEGO. Escúchame.

ANS. Malo! Malo!

Bien puede decir Elvira:
«*llegué, vi y vencí.*» En los bancos
de la oposicion te sientas?

DIEGO. Hombre, escucha!

ANS. Me has dejado
solo?

DIEGO. No!

ANS. Cómo que no?

DIEGO. Te convenceré en el acto.
En sabiendo lo que pasa,
veras cómo caminamos
de acuerdo: quiero decir,
que no serás mi adversario;
serás de los nuestros.

ANS. (Con extrañeza.) Yo?

DIEGO. Y estarás acompañado.

ANS. Naturalmente: si digo
á todo *amen*, ó si callo...

DIEGO. Nada de eso; si no habrá
discusion...

ANS. Pero qué cambio
tan radical?... Me sorprende!
Te escucho y estoy dudando!...

Diego, ¿me quieres decir,
qué talisman ha empleado
Elvira, para llevar
la persuasion á tu ánimo?

DIEGO. Uno, al cual nada resiste.
Su prestigio es tanto, tanto...
que es el único que puede
en el mundo hacer milagros.

ANS. Pero explica...

DIEGO. Es el amor.

ANS. El amor? Cómo! No alcanzo
las relaciones que existan
entre el amor y...

DIEGO. Á eso vamos.

¿Me das palabra de hacer
lo que te diga?

ANS. Es extraño,
que así me hables, sabiendo
que jamás te he contrariado
en nada, porque tú nunca
has sido un hombre insensato.

DIEGO. Fernando se queda en tierra.

ANS. No comprendo...

DIEGO. Á los Estados
Unidos no irá.

ANS. Por qué?

DIEGO. Aún no lo has adivinado?
Que ama á Elvira, mis palabras
no te están diciendo claro?

ANS. Pero, qué es esto, señor?
Estoy despierto, ó soñando?
Que ama á Elvira?

DIEGO. Y ella á él.

ANS. Creo que estás equivocado.

DIEGO. Se quieren los dos.

ANS. Qué dices?

DIEGO. Que se quieren.

ANS. Desde cuándo?

DIEGO. La cuestion es de cariño,
no es de fecha.

ANS. No me acabo
de convencer!

DIEGO. Por qué no?

ANS. Es decir, que ciego he estado?...

DIEGO. Psss! ó que ellos han sabido
disimular.

ANS. Y ese ingrato
no fué leal con su padre,
puesto que no ha sido franco?...

DIEGO. Hizo lo mismo que tú
hubieras hecho en su caso.

ANS. Te engañas!

DIEGO. Despues de todo,
no me explico su pecado.
Ama á Elvira, y francamente,

que esto pase, no lo extraño.
Él ha tenido ocasion
de apreciar todos los rasgos
de su angelical carácter,
y de admirar los encantos,
la peregrina belleza
con que el cielo la ha dotado.

ANS. Óyeme... si no discuto,
que estén ó no enamorados!
Lo que digo, es que los dos
han hecho mal en callarlo:

DIEGO. El amor es ruboroso.
Cuánto tiempo habrán estado,
sin decirse que se amaban,
por ese pueril recato,
que hace temblar al que adora
como la hoja en el árbol!
Y cuántas veces tambien,
si lo hubieras observado,
hubieras visto en sus ojos
lo que callaban sus lábios.

ANS. Pero al nacer ese amor,
nació mudo? No pensaron,
en que por sí solos, nada
lograrian?

DIEGO. Pues es claro!
Y la prueba es evidente.

ANS. Cuál es?

DIEGO. Que por ellos hablo.

ANS. Sí... mas tú... pues es verdad!

DIEGO. Te convences?

ANS. Y declaro
que los chicos no son tontos.

DIEGO. Por qué?

ANS. Porque el abogado,
á quien de su amante causa
la defensa confiaron,
logrará al fin convencerme.

DIEGO. Ese es mi anhelo. Si honrado
es Fernando; si tú dices,
que su aficion al trabajo
y sus nobles cualidades

tu aprecio se conquistaron,
y hoy le quieres como á un hijo,
pon tu firma en su contrato
de bodas, y que por él
otro vaya á los Estados
Unidos.

ANS. No habrá remedio:
tendrá la cabeza á pájaros;
¿si solo piensa en la chica,
quién le confía un encargo?

DIEGO. Pues no dudes que es así.

ANS. ¿Á qué hacerlos desgraciados?
Por mi parte cuando quiera
puede venir el notario.

DIEGO. Consientes?

ANS. En mi lugar,
tú que harías?

DIEGO. Yo? casarlos.

ANS. Vicente. (Llamando.)

DIEGO. Te doy las gracias.

ANS. (Agitando el tirador de una campanilla.)
Lo principal olvidamos...
pero no, qué una sorpresa
la quiero dar.

ESCENA XII.

LOS MISMOS y VICENTE.

VIC. (Entrando por la puerta del foro.) Ha llamado
usted?

ANS. Sí.

DIEGO. (Á Anselmo.) Á quién te refieres?

ANS. Á mi mujer: que Fernando
la dé la nueva, pidiendo
con su permiso la mano
de Elvira. (Á Vicente.) Vete á Madrid
en busca de mi notario...

VIC. Sí señor; y qué le digo?

ANS. Que se venga, y que un contrato
de bodas se traiga!..

VIC. Bien.
ANS. Extendido en regla. Vamos,
que quiero hablar con Elvira.
DIEGO. Yo mientras veré á Fernando.
(Vánse los dos por la izquierda.)

ESCENA XIII.

VICENTE.

De Elvira y Fernando es llano.
que aquí la boda se fragua:
esto es claro como el agua:
qué quiere decir cristiano?
En tierra se quedará,
pues según lo que he sabido,
aunque su estado es unido
á la América no irá.
Fuí en vaticinar certero?
La vieja es una infeliz!...
Quién duda que mi nariz
es de perro perdiguero?...
El amor tendió la red,
y don Anselmo ya es suegro!...

ESCENA XIV.

EL MISMO y GUADALUPE.

GUAD. (Oyendo los últimos versos: por el foro.)
Qué dice usted?
VIC. Que me alegro,
y me alegro por usted.
GUAD. De qué?
VIC. De lo que aquí pasa.
GUAD. Qué pasa?
VIC. Por vida mia!
Que de nuevo la alegría
vuelve á reinar en la casa.

. que despunta...

Qué embolismo!

... un catecismo

... y tanta pregunta!

... usted sea torpe, no explica,
que no explique con exceso
lo que he explicado... pues!... eso!...
que se va á casar la chica!

Y al celebrarse su union,
como yo me sospechaba,
dígame usted: quién tocaba
de los dos el violon?

GUAD. Usted se está chanceando,
puesto que á entender me dá,
que la niña se unirá...

VIC. Justamente, con Fernando.
Roto del misterio el velo,
bien claro salta á la vista
que es usted una violonista
de primissimo cartello!

GUAD. Acabe usted de explicar...

VIC. El negocio es muy urgente.
Por la derecha!... De frente!...
Paso redoblado!... Mar!!!...

ESCENA XV.

GUADALUPE.

Su explicacion necesito:
á su júbilo se entrega,
y el taimado me la niega!...
Por más que en ello medito,
no acabo de comprender
lo que dice que aquí pasa...
Que con Fernando se casa
la niña? No puede ser!...
Ante Dios en el altar,
cómo han de unirse sus manos?
Cómo, si amos son hermanos,
su enlace han de celebrar?

No vacilo! Mi deber
corro á cumplir sin demora,
refiriendo á mi señora
cuanto acabo de saber!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de labor de señora. Tres puertas: una al foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS y GUADALUPE.

INES. No, querida Guadalupe,
no hay remedio, ya lo he dicho;
todo cuanto nos sucede
lo tengo bien merecido.

GUAD. Pero usted solo se cuida
de hacer más rudo el martirio
que su corazón destroza;
casi me pesa haber dicho.

INES. Guadalupe! has olvidado
la gravedad del conflicto
que á todos nos amenaza?
Con tu deber has cumplido.
De poco tiempo á esta parte,
con interés más solícito,
he notado que los dos
se buscaban; los he visto
muchas veces con recato
hablarse, y hasta he creído
advertir en sus miradas

esos misteriosos signos,
que son de un amor ardiente
enigmáticos indicios;
pero el temor de encontrar
la verdad, á pesar mio,
ofuscando mi razon,
la verdad me ha oscurecido.
Tan es así, que me opuse,
con egoísta cariño,
á que emprendiese un viaje
á los Estados Unidos.

Ay, Guadalupe, ahora empieza
mi verdadero suplicio!

GUAD. Pero, Vicente, señora,
se habrá engañado? Es preciso
que averigüe...

INES. No; es inútil.

Un solo instante he podido
hablar con don Diego, y sé
que todo es verdad. Él mismo
me ha explicado la entrevista
que con Elvira ha tenido.

GUAD. Conque no queda esperanza?

INES. Dios me impone este castigo!
Silencio! Fernando viene.
Retírate!

GUAD. Me retiro.

(Váse Guadalupe por el foro.)

ESCENA II.

DOÑA INÉS, sentada en el sillón de la derecha, y FER-
NANDO.

FERN. (Desde la puerta de la izquierda.)
Me debe usted dispensar,
si llego aquí de improviso,
sin demandar el permiso
que he debido demandar.

INES. Me obligas á que te advierta,
que á mi presencia has llegado
mil veces, y me has hablado

sin anunciarte en la puerta;
por eso extraño, en verdad,
pues nunca fuiste indiscreto,
no tu falta de respeto,
tu falta de libertad.

FERN. (Entrando.)
Me da usted á cada instante
pruebas de noble interés,
y aunque pago, doña Inés,
con gratitud, no es bastante.

INES. Doy lo justo, nada más,
obrando de esa manera...

FERN. Una amistad verdadera
no obliga á tanto jamás.

INES. Dejemos esta cuestion.

FERN. (Después de una ligera pausa.)
Hoy más que nunca, señora,
de mi noble bienhechora
necesito proteccion.

INES. Habla. (Pausa.)

FERN. La... he venido á hablar,
y aquí, donde usted me ve,
confieso...

INES. Qué?

FERN. Que no sé
cómo ó por dónde empezar.
Luchando por vez primera
con ese casto rubor,
hijo del ardiente amor;
que absorbe mi vida entera,
á quien me roba la calma
temo inferir un agravio,
partícipe haciendo al labio
del secreto de mi alma.

No obstante, la lealtad
hoy me impone este deber.

INES. (La verdad quiero saber,
y me espanta la verdad!)

FERN. Vida presto á una pasion,
que á su vez me presta vida;
al nacer, la dí acogida
en mi amante corazon.

Siento mi pecho latir
al contacto de su llama!...
Mientras el hombre no ama,
no sabe lo que es vivir!
En la edad de la inocencia,
el pecho de dolo exento,
un oculto pensamiento
alimentó mi existencia.
Hombre ya, con nuevo ardor
se inquietaba el alma mia;
la pregunté qué sentia,
y el alma me dijo: «amor.»
Amor, fuente de heroismo,
de caridad, de nobleza...
nada iguala á su grandeza,
puesto que amor es Dios mismo!
Yo comprendo de este modo
la virtud que de él emana;
por él tengo madre, hermana,
amando, lo tengo todo!
Á quien tal pasion me inspira
idolatro desde niño,
y ella premia mi cariño
con su cariño... Es Elvira.

INES. (Levantándose.)

Y cuál es tu pretension?

FERN. Si la bendice su padre,
que usted tambien, como madre,
hoy bendiga nuestra union.

INES. (Dios santo, sin vida estoy!)

Y dices que ha consentido
su padre?...

FERN. Él me ha inducido
á dar el paso que doy.

En tan solemne momento
solo el cariño me abona:
sé lo mucho que ambiciona
mi escaso merecimiento.

INES. Un deber imprescindible
dicta mi resolucion...

FERN. Y bien?

INES. Fernando, esa union,

no te ofendo, es imposible.

FERN. Por qué?

INES. Porque... desconfío
de poderte persuadir:
sólo te puedo decir,
que es imposible, hijo mío.

FERN. Imposible! Se me alcanza
sin que usted nada me diga,
la razon que más la obliga
á dar muerte á mi esperanza!
Y yo, que llegué á soñar! ..
Mi bastarda cendicion
impide á mi corazon
sus afectos demostrar!

INES. No es eso!

FERN. Su triste suerte
lamenta el alma afligida!
Amor que la dió la vida,
comienza á darla la muerte!
Quien lleva en su frente impreso
el estigma del pecado,
no debe ser tan osado!...

INES. No eso, no; si no es eso!

FERN. (Con creciente exaltacion.)
Qué mundo es este, que oprime
inhumano al inocente,
y al infame, al delincuente
de sus delitos redime?

INES. No así mi pecho taladres.

FERN. Deje usted que le maldiga,
si en el huérfano castiga
la torpeza de sus padres!

INES. (Qué más ruda expiacion,
si esto de su labio escucho?
Aunque tu quebranto es mucho,
sufre y calla, corazon!)

Fernando, vuelve á la calma!

FERN. Y cómo á volver acierto,
si las lágrimas que vierto
son pedazos de mi alma?

ESCENA III.

LOS MISMOS y ELVIRA, puerta izquierda.

FERN. (Saliendo al encuentro de Elvira.)
Elvira, la condicion
de mi oscuro nacimiento,
es hoy un impedimento
para nuestra ansiada union.

ELVIRA. Qué dices? No puede ser!

FERN. Es en vano que se arguya...

ELVIRA. De una falta que no es tuya
tú no debes responder.

No es esto así, madre mia?

INES. (Y no poder, como anhelo,
mitigar su pena! Cielo!
qué terrible es mi agonía!)

Con vuestro justo dolor,
cuánto daño me causais!
Por qué de mi amor dudais.

si os dí pruebas de mi amor?

Á vuestro anhelado intento,

aunque me llevo á oponer,

no tiene nada que ver,

Fernando, tu nacimiento.

Otra razon he tenido;

que revelar no es prudente.

ELVIRA. Debe usted tener presente,
que mi padre ha consentido.

Si á hacer nuestra dicha aspira,

¿por qué usted se ha de negar?...

INES. Tu deber es respetar
mi resolucion, Elvira.

FERN. Aquí á sus expensas vivo,
y aunque mi enojo provoca,
hace ennudecir mi boca
la limosna que recibo.

INES. Trabajando con afan
dia y noche honradamente,
con el sudor de tu frente
ganas en mi casa el pan.

Comprendo tu situacion:
al separarte de Elvira
es la pena, quien te inspira
tan severa acusacion.
¿Tanta infamia en mí supones,
que al decir lo que te he dicho,
piensas que cedo á un capricho
ó á vanas preocupaciones?
Si alguna vez te confio
el motivo verdadero,
tú habrás de ser el primero,
que me disculpe, hijo mio!
Cómo crees que un instante
te he dejado de querer?
El llanto que ves correr,
no te dice lo bastante?
Más que tú siento tu mal,
aunque á tu mal contribuya:
por cada lágrima tuya
he de verter un raudal!

FERN. Yo no alcanzo á descubrir
la misteriosa razon,
que causa nuestra afliccion.

INES. Ni te la puedo decir.

ELVIRA. Y á mi padre, qué diremos?

INES. Confio en vuestra prudencia.

FERN. Al deber y á la obediencia
sacrificarnos sabremos.

(Á Elvira.) El sentimiento... ya ves...
no mata: la prueba es clara:
si el sentimiento matara,
cayera muerto á tus piés.

ELVIRA. Mi esperanza, mi ilusion,
todo muere en este dia!...
No puedo más, madre mia!

INES. Hijos de mi corazon!

(Los abraza, y durante un breve momento se confunden sus sollozos y sus lágrimas.)

Haced, y evitais un mal,
que el labio á explicar no acierta,
que vuestro amor se convierta
en cariño fraternal.

- FERN. De mi casto amor primero,
riega la tumba mi llanto!
(Alejándose poco á poco.)
- ELVIRA. Y yo que le quiero tanto!...
(Siguiéndole con la vista.)
- FERN. Y yo que tanto la quiero!
(Desaparece por la puerta de la izquierda.)
- INES. Tu madre, en esta ocasion,
en tí, solo en tí confia!...
Vé, si es posible, hija mia,
y modera su afliccion.
(Váse Elvira, puerta izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA INÉS.

¿Y que á tan amados seres
así por mi culpa vea?
Maldito el momento sea
en que olvidé mis deberes!

ESCENA V.

LA MISMA y VICENTE.

VIC. (Entrando precipitadamente por el foro.)
Albricias, señora, albricias!
Fielmente cumplí mi encargo,
y llega en estos momentos
á la quinta el escribano,
trayendo extendido en regla
el matrimonial contrato.

INES. (Dios mio!)

VIC. Ya usted sabrá
que á América no nos vamos:
porque me iba con él,
porque sin él no me hallo;
pero en fin, comò se casa
con la niña don Fernando,
en casa todos se quedan,
y yo de casa no salgo.

Cuánto me alegro!

INES. Vicente,
quiero estar sola.

VIC. (Es extraño
lo que sucede!)

INES. Has oído?

VIC. Sí señora. (Qué apostamos,
á que, durante mi ausencia,
el demonio la ha enredado?)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS.

Las fuerzas van á faltarme!
Mi corazon es el blanco
contra el cual, sin comprenderlo,
todos dirigen sus dardos!

ESCENA VII.

La MISMA y D. DIEGO.

DIEGO. (Puerta de la izquierda.)
Vengo ahora mismo de hablar
con Elvira y con Fernando,
y su triste desconsuelo
de amargura me ha llenado.
Si solo de usted depende
la felicidad de entrambos,
puesto que Anselmo á este enlace
no opone el menor obstáculo;
si como gotas de fuego
las lágrimas de sus párpados
sobre el corazon de usted
han caído, y no es extraño,
porque usted, Inés, es madre,
y el amor de madre es santo,
¿cómo, sin decir la causa,
va usted á romper un lazo,
que liga dos corazones,
y que el amor ha formado?

INES. Motivos muy poderosos,
 Mendoza, sellan mis labios.
 Si por mi causa padecen,
 y soy su madre, y me callo,
 ¿lo que el silencio me cuesta,
 no lo publica mi llanto?

DIEGO. Hay circunstancias, no obstante,
 en las que un deber sagrado
 á todo se sobrepone,
 y nos obliga á ser francos.
 Si de este asunto me ocupo,
 siendo del todo á él extraño,
 es porque me inspira lástima
 la situacion de Fernando.

INES. Amigo mio, es inútil
 que insista usted. Hay obstáculos,
 barreras insuperables,
 que todo el poder humano
 no logra vencer.

DIEGO. Pues bien:
 ya que ha llegado este caso,
 y usted se obstina en callar,
 yo debo hablar sin reparo,
 y hacerla ver el peligro,
 por si es tiempo de evitarlo.
 Libreme Dios de ofenderla:
 como no es este mi ánimo,
 ruego á usted, que en mis palabras
 no vea sombra de agravio.

INES. (Con dolorosa resignacion.)
 (Dios mio!)

DIEGO. Fernando aquí
 desde niño se ha criado.
 Cuantas personas la casa
 frecuentan, son otros tantos
 testigos del interés,
 que siempre á usted ha inspirado.
 Juntos Fernando y Elvira
 crecieron, y juntos ambos,
 con igual solicitud
 por usted fueron mirados.
 Y así pasaron los dias:

y así pasaron los años;
y así el amor en sus almas
hondas raíces fué echando,
sin que ellos mismos supieran,
que aquel misterioso y vago
deseo, aquella atracción,
que haciendo progresos rápidos
confundía sus miradas
y encadenaba sus manos,
era amor... amor naciente,
amor purísimo y casto,
chispa que prende en el alma,
y la abrasa á su contacto.

Hoy Fernando, al hacer público,
que adora á Elvira, su mano
la pide á usted, que de mil
beneficios le ha colmado.

Pues bien; si usted se la niega,
y sin motivos fundados,
usted se opone á su dicha,
¿cómo tan súbito cambio
podrá usted justificar?

Su esposo de usted, que acaso
cedería á sus razones,
no aceptará resignado
una ofensiva reserva.

ni querrá á un capricho vano,
sacrificar la ventura
de dos seres que ama tanto.

Piense usted, Inés, en esto;
medite los resultados
de su conducta. Esta casa,
en donde siempre ha reinado
la paz, será desde hoy
mansion de duelo y espanto;
¿y en qué, si todos la acusan,
fundará usted sus descargos?...

INES. (Levantándose.)

(Es verdad! Debo mi herida
rasgar con mis propias manos!)

DIEGO. Mas si existe, y debe haberlo,
un motivo extraordinario

- que la obligue á obrar así,
por qué, Inés, el ocultarlo?
- INES. (Como cediendo á la fuerza de la razon.)
Pues bien, Mendoza, hablaré,
ya que hablar es necesario!
Secreto de mi deshonra,
sal, aunque quemes mis labios!
El hombre á quien sacrifico,
á quien la dicha arrebató,
y cuya suerte depende
del silencio que he guardado,
es... la mitad de mi vida!...
- DIEGO. Qué dice usted?
- INES. (Creciendo su agitacion.) Que le amo!
y cómo no, si es... (Dios mio!
Qué voy á hacer?) Miento! (En vano
será todo! Una sospecha
los hará más desgraciados!...
No! No es posible!) Ay, Mendoza,
cuánto sufro! (Los más caros
objetos del alma mia
me maldecirán! Si callo,
nada evito, y las desgracias
serán mayores si hablo!)
Y no hay remedio! (Con desesperacion.)
- DIEGO. Señora,
vuelva usted en sí!...
- INES. Mi ánimo
vacila!—Déjeme usted
que vaya á ocultar mi llanto!...
¡Señor! ¿qué va á ser de mí,
si tú me niegas tu amparo?
(Váse sollozando por la puerta derecha.)

ESCENA VIII.

D. DIEGO.

Dios mio! Qué horrible arcano
es este? Puede en verdad
caber tanta liviandad
en el corazon humano?

Mas si cedo á la evidencia,
Inés no tiene disculpa;
no ha publicado su culpa
el grito de su conciencia?

.
En qué tenebroso abismo
se pierde mi pensamiento?
Fernando... No me consiento
esta sospecha á mí mismo!
Cuando su llanto vertia,
acalorada su mente,
la pobre Inés, ciertamente
no supo lo que decia!
He debido padecer
una pesadilla horrible!...
Imposible! Sí! Imposible!
Digo, que no puede ser!!

ESCENA IX.

El MISMO y D. ANSELMO, por el foro izquierda.

ANS. Ya está el escribano en casa.
Dentro de breves momentos
verán Fernando y Elvira
realizados sus deseos.

DIME; Inés no ha estado aquí?
DIEGO. No hace mucho que allá dentro
se retiró...

ANS. Qué te pasa?
Me parece que estás serio.

DIEGO. No lo creas.

ANS. Le han pedido
los chicos su asentimiento
á mi mujer?

DIEGO. Sí.

ANS. Es inútil
decir el júbilo inmenso
con que se lo habrá otorgado!
Fernando no es rico, pero
cuenta con un capital
de honradez y de talento,

que suele estimarse en poco,
y vale más que el dinero.

DIEGO. Pues estás en un error.

ANS. Cómo! Fernando?

DIEGO. No es eso.

Sé que es verdad cuanto dices:
á tu mujer me refiero.

ANS. Á mi mujer? (Con extrañeza.)

DIEGO. Ciertamente.

ANS. Soy franco: no te comprendo.

DIEGO. Pues es bien fácil: Inés
no da su consentimiento.

ANS. Que Inés se opone á la boda?...
Es imposible!

DIEGO. No, Anselmo.

ANS. Nacerá su negativa
de un capricho pasajero.

DIEGO. Al contrario: es tan formal
su resolucion, que temo,
que ni ceda á las razones,
ni logre vencerla el ruego.

ANS. (Despues de una breve pausa y fijando su mirada en
D. Diego.)

Pero... qué causa tan grave
puede existir para eso? (Pansa.)

Cómo, si del bien se trata
de Fernando, prescindiendo
del cariño que le tiene,
hoy se opone á sus proyectos?

(Con marcadísima intencion.)

De seguro no será
porque es pobre y porque es huérfano.

Y que le quiere no hay duda!

Ya has visto con cuánto empeño
á que emprendiera el viaje
esta mañana se ha opuesto,
recelando que pudiera
ocurrirle un contratiempo...

Tú, que con ella has hablado,
explicame este misterio.

DIEGO. Cuanto sé, ya te lo he dicho.

ANS. Nada omities? (Con intencion.)

DIEGO. Nada. (Pausa.)

ANS. (Cambiando de entonacion.) Diego,
tengo más años que tú;
eres mi amigo hace tiempo;
te conozco tan á fondo,
y tan fácilmente leo
los secretos de tu alma
en tu mirada, en tus gestos,
en la indicacion más leve
del detalle más pequeño,
que pudiera ser intérprete
de tus propios sentimientos,
sin que engendrara un engaño,
un desengaño funesto...

Dudas? Puedo convencerte.

Sé que es inútil mi empeño...

DIEGO. No hay razon... (Inquieto.)

ANS. (Interrumpiéndole.) Sé que callar
te cuesta penoso esfuerzo...

DIEGO. Pero escucha...

ANS. Sé que eres
un amigo verdadero,
y que si en tí la mentira
pudiera caber, al precio
de tu honor, limpio hasta hoy,
comprarias mi sosiego.

DIEGO. Te digo que...

ANS. No te esfuerces
por rebuscar un pretexto
para salir del apuro:
ni yo tu conducta puedo
censurar, que injusto fuera,
y la injusticia repruebo,
ni de tu hidalga honradez
una delacion espero.

Trocados nuestros papeles,
hariamos... lo que hacemos:
tú insistir, y yo callar;
tú sentir dentro del pecho
acosado por la duda,
lo mismo que estoy sintiendo,
y yo evitar que mi labio

pudiera ser indiscreto...
Como tú...

DIEGO. Yo?

ANS. Como tú!

¿A qué negar lo que veo?

DIEGO. No hay nada, y si tienes duda,
responden por mí los hechos,
que más la razón ofusque,
que ciegue más que los celos!

ANS. (Fingiéndole sorpresa.)

De celos aquí, ¿quién habla?

Lo estás viendo? Lo estás viendo?

Ves como no es necesario
hablar para comprendernos?

DIEGO. ¿Qué dices? (Con asombro.)

ANS. Lo que ya sabes.

DIEGO. Si interpretas mi silencio;
si una frase he pronunciado,
y te sirve de pretexto
para acrecentar la duda...
para labrar los cimientos
de la cárcel tenebrosa,
que ha de encerrar tu sosiego,
¿cómo es posible que pueda
tu espíritu estar sereno?
quiera ó no, de tu infortunio,
cómplice, por qué me has hecho?
Las apariencias no engañan?
Vuelve á la razón, Anselmo!

ANS. La verdad es como el sol!
su brillantez un momento
pueden empañar las nubes;
pero sus rayos de fuego
de la oscuridad más densa
rasgan el tupido velo!

DIEGO. Procura no equivocarte:
hay ocasiones...

ANS. Silencio!

(Viendo á Vicente que cruza la escena desde la
puerta de la izquierda á la del foro.)

ESCENA X.

LOS MISMOS y VICENTE.

ANS. (Á Vicente.) Á dónde vas?

VIC. (Con embarazo.) Señor... voy...

(Demonio! no sé si debo decirle...) Voy á un recado.

ANS. Á qué recado?

VIC. (Este viejo pregunta de una manera!... Yo canto claro, y *laus Deo*.) El señorito...

ANS. (Con aspereza.) Concluye!

VIC. Quiere que tenga dispuesto para partir esta noche un caballo, y yo... aunque siento que se vaya... qué he de hacer? sin replicar, obedezco.

ANS. En dónde está el señorito?

VIC. Encerrado en su aposento le dejé.

ANS. Pues anda, y dile que venga, que aquí le espero.

VIC. Sí señor: hará usted bien, si se opone... Qué me alegro!

ANS. Vicente!...

VIC. Voy en seguida!
Le quiero tanto! Es tan bueno!
Señor, que no se nos vaya...

(Como respondiendo á un gesto de impaciencia de D. Anselmo.)

Dice usted bien: voy corriendo.

(Váse puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS ménos VICENTE.

ANS. Déjame solo.

DIEGO. Qué intentas?

ANS. (Con aparente calma.)
Yo?... nada.

DIEGO. Nada? -- No puedo
dejarte así.

ANS. Por qué no?

DIEGO. Estás agitado, trémulo.

ANS. No lo creas.

DIEGO. Sí!

ANS. Retírate.

Te lo exijo! (Corrigiéndose.) Te lo ruego.

DIEGO. (Al tiempo de irse.)
(Por devolverle la calma
ha sido inútil mi empeño.
Tarde ó temprano, tenia
que llegar este momento!
(Váse foro derecha.)

ESCENA XII.

D. ANSELMO.

Señor, dá á mi inteligencia
esa intuicion divina,
que penetra, que ilumina
el fondo de la conciencia!

ESCENA XIII.

EL MISMO y FERNANDO.

ANS. (Viendo aparecer á Fernando por la puerta de la
izquierda.)
Él viene!... Serenidad!
Fernando, acércate: dí:
¿es verdad que huyes de aquí?
que nos dejas?

FERN. Es verdad.

ANS. Sin un motivo muy grave,
tal proceder no concibo.

FERN. Es que existe ese motivo.

ANS. Y cuál es?

FERN. Usted lo sabe.

- ANS. Aunque acerca de este asunto
informarme procuré,
la verdad aun no la sé,
y por eso la pregunto.
- FERN. No me obligue usted á hablar;
mayor mi infortunio fuera,
si, inadvertido, ofendiera
á quien debo respetar.
- ANS. Y si alguno como excusa
tu silencio interpretando,
ve que te ausentas, Fernando,
y de ingratitud te acusa?
- FERN. De ingratitud? Eso no!
¿Quién puede dudar de mí,
si el ausentarme de aquí
me cuesta la vida?
- ANS. Yo!
- FERN. Usted?
- ANS. Por qué tal mudanza
en tí, Fernando, ahora advierto?
- FERN. Porque mi ilusion ha muerto,
y con ella mi esperanza.
Yo he soñado un porvenir,
dulce halago de mi mente,
y una frase de repente
lo acaba de destruir.
Mi adversa suerte deploro,
que en mi daño se complace.
- ANS. Mi mujer á vuestro enlace,
por qué se opone?
- FERN. Lo ignoro.
- ANS. Y tú nada has sospechado?
La verdad!
- FERN. Mentir no sé...
de mis méritos dudé...
- ANS. (Interrumpiéndole vivamente.)
Y esa idea has abrigado?
Deséchala; es un error!
Tengo convicción profunda
de que en eso no se funda,
para oponerse á tu amor.
- FERN. Siendo así, me esfuerzo en vano

por descubrir la verdad,
envuelta en la oscuridad
misteriosa de un arcano.

Y es mayor la pena mia,
porque me falta el cariño
de la que amé desde niño,
como á mi madre amaria.

ANS. De un agravio, su rigor
podrá ser la consecuencia?
(Clavando en Fernando su mirada.)

Examina tu conciencia!

FERN. Nada me arguye, señor.
Es tan puro el sentimiento
en que mi pasion se inspira,
que nunca ofender á Elvira
osara mi pensamiento.

ANS. (Una sospecha cruel
atormentó el alma mia!
Si hay delito, juraria,
que el delincuente no es él.)

(Á Fernando con cariño.)

Fernando, un favor te pido:
que no te ausentes de aquí,
porque castigas en mí,
culpas que no he cometido.
Con vuestra madre hablaré,
y si un error pasajero,
es causa de todo, espero
que su licencia te dé.

Mi cariñosa amistad
no premies con tu desvío:
yo solo quiero, hijo mio,
tu bien, tu felicidad.

(Váse foro izquierda).

ESCENA XIV.

FERNANDO.

No hará el bien que me desea
llevadero mi dolor,
y aunque aprecio su favor,

me ratifico en mi idea.
En esta ruda pelea
mi triste vida se acorta!...
¿Quién el martirio soporta
de un pensamiento tenaz?...
Que vivan todos en paz...
que yo muera, poco importa!
Pero, y Elvira? Amor mio,
cómo me alejo de tí?
cómo, quedándote aquí,
mi adios postrero te envío?
De mi valor desconfío!
Quién puede tener valor,
cuando mira en derredor,
y, en cada objeto presente,
ve una página elocuente
de la historia de su amor?

ESCENA XV.

EL MISMO y VICENTE.

VIC. (Saliendo por la puerta de la izquierda
Vengo en tu busca, Fernando,
que solo bien no me encuentro,
porque una cosa aquí dentro
(Señala al pecho)

me está escarabajando.

Estoy triste! Y cómo no?

Por vida de Belcebú!

Cuando sé que sufres tú,
no es justo que sufra yo?

Ten más generosidad:

tus penas serán muy buenas,
mas no te guardes tus penas
sin darme á mí la mitad.

FERN. Gracias! . . Tus palabras son
hijas de un alma excelente.

VIC. Qué empeño!...

FERN. Gracias, Vicente:
tienes un gran corazon!

VIC. Fernando!

FERN. No te lo digo
por alabarte, y lo prueba,
que mi rectitud me lleva
á ser severo contigo.

VIC. No entiendo...

FERN. Sé con pesar,
que tu cariño indiscreto
ha revelado un secreto,
que yo te mandé guardar.

VIC. Cómo?

FERN. Que parta de aquí
don Anselmo no consiente,
y mi intento, solamente
lo pudo saber por tí.

VIC. Me habló con tal energía,
y tanto me apuró ya,
que canté de *pé á pá*
sin saber lo que me hacia.
Injusto es, pues, tu reproche.

FERN. Bien; basta: dejemos esto.
Está ya todo dispuesto
para partir esta noche?

VIC. Con que persistes al fin?...

FERN. Persisto.

VIC. Y has meditado?...

FERN. Tenme un caballo ensillado
á la puerta del jardín.

VIC. Un caballo, vive Dios!...
No me parece oportuno
que sea el caballo uno,
siendo los ginètes dos.

FERN. De la desventura mia
solo arrostraré el azar.

VIC. Solo?...

FERN. No quiero llevar
á nadie en mi compañía.

VIC. Eso nó.

FERN. Qué?

VIC. Que te sigo.

Si tú corres, corro más;
y si al infierno te vas,
al infierno iré contigo.

FERN. Hoy á regiones lejanas
me lleva mi ingrata suerte;
quizás me espera la muerte
en las costas africanas.

Bajo aquel ardiente sol
se lanzan á la pelea
nuestros hermanos, y ondea
el pabellon español.

Dejarte correr no puedo
tras una muerte segura.

VIC. Y has pensado, por ventura,
que la muerte me da miedo?

Á la patria fui leal,
y cien veces me he batido,
honrándome de haber sido
miliciano nacional!

Fui cabo, y luego sargento;
regué con sangre la tierra,
y desde entonces la guerra
es mi vida, mi elemento!

En el campo de batalla
el corazon vivo late,
entre el fragor del combate,
y el silbo de la metralla.

¿Quién en fuego no arderá,
como me pasaba á mí,
viendo un brazo por aquí,
y una pierna por allá...

y éste jura, y aquel reza,
y el otro gritos exhala,
y al de más allá una bala
le arrebatla la cabeza!...

Qué funcion tan deliciosa!

Allí se vive y se siente!

Vamos: decididamente
la guerra es una gran cosa!

Qué hay moros? Por vida mia!

Acaso mancos estamos?

Entre los dos no dejamos
un morito en Morería.

En cuanto suene el clarin,
blandiendo en la mano el hierro,

latigazo y tente perro,
y á armar la de San Quintín!

En tan penosa campaña
mejor me juego la vida,
que no en lucha fratricida,
como sucede en España.
No sujetes mi albedrio:
tú eres jóven y yo viejo:
si tú expones el pellejo,
yo quiero exponer el mio.

De la muerte ó la victoria
juntos iremos en pos:
la muerte para los dos,
ó para los dos la gloria!

FERN. (Conmovido.) Buen viejo, ven á mis brazos!

VIC. (Abrazándole.) Aprieta!

FERN. En todo consiento.

VIC. Gracias!

FERN. Desde este momento
nos estrechan nuevos lazos!

VIC. Mi suerte el cielo mejora.

FERN. Adios, y á las doce...

VIC. Sí.

FERN. Prudencia!

VIC. Confía en mí.

(Despues que ve marchar á Fernando por la puerta
de la izquierda.)

Que vengan moros ahora!

ESCENA XVI.

VICENTE.

Si en mi prudencia confía,
ya esté despierto ó ya sueñe,
empéñese quien se empeñe,
no digo esta boca es mia.

ESCENA XVII.

EL MISMO y DOÑA INÉS.

INÉS. (Entrando por la puerta de la derecha.)

Y Fernando?

- VIC. Don Fernando...
hace un momento aquí estaba;
pero se fué á preparar...
como esta noche sin falta,
y sin que nadie se entere,
nos marchamos de esta casa...
(Adios! la solté.) Señora...
(Procurando disimular.)
- INES. Qué dices? (Lo sospechaba!)
- VIC. (Con embarazo.) Yo... francamente... no sé,
si se marcha ó no se marcha;
solo sé, que merecia
estar mi lengua mechada!
- INES. (Dirigiéndose precipitadamente á la puerta del foro.)
Necesito hablarle...
- VIC. Pero...
(Siguiéndola. Á tiempo de llegar doña Inés á la
puerta del foro, aparece en ella D. Anselmo. Aquella
y Vicente se detienen.)
Don Anselmo!
- ANS. (Á Inés.) Te buscaba.
- INES. Dios mio!
- ANS. (Á Vicente.) Déjanos solos.
- VIC. (Al irse por la puerta del foro)
(Si se enreda por mi causa,
me arranco hoy mismo la lengua,
y me la almuerzo mañana.)

ESCENA XVIII.

D. ANSELMO y DOÑA INÉS.

- ANS. No tu esposo, Inés, tu amigo;
con la más noble intencion,
desea en esta ocasion
hablar á solas contigo.
De Fernando el duelo ves:
sé que á su enlace te opones:
explicame las razones
en que te fundas, Inés.
- INES. (Turbada.) Yo?

Ans Qué es eso? Estás temblando?

Por qué te miro temblar,
si solo te vengo á hablar
del enlace de Fernando?

INES. Con harta pena presencio
cuanto pasa, y te suplico,
si mi silencio no explico,
que respetes mi silencio.

Ans. Antes que pueda causar agravio á tu estimacion, el ruego, la persuasion, todo lo quiero emplear.

INES. No revelaré este arcano,
y el motivo Dios lo sabe.

Ans. Si existe una causa grave...

INES. (Interrumpiéndole.)

Anselmo, todo es en vano!

Ass. Pues bien; si de mi reposo
tu silencio es enemigo,
ánten rogué como amigo;
ahora mando como esposo!
Tan ruda tenacidad,
si contra usted se convierte,
secreta voz no le advierte.
que publique la verdad?
Yo supe cuanto ocurría,
y una sospecha abrigué,
que al momento rechacé,
porque á los dos ofendía;
pero si en esta ocasion
nada revela su labio,
el silencio, de mi agravio
será la confirmacion!

INES. Aunque invoques el deber,
inútil tu empeño fuera...
obedecerte quisiera...
no te puedo obedecer!

ANS. Y contempla usted con calma, siendo madre, y siendo esposa, esta inquietud horrorosa que está labrando en mi alma? Y de Dios en la presencia,

con tan sacrilego intento,
borra usted el juramento
de eterna fe y obediencia?

NES. (Llorando.) Anselmo!

ANS. Una explicacion

con el llanto no se evita,
cuando el honor necesita
solemne reparacion!

INES. Yo he sabido respetar
el juramento empeñado,
y nunca lo he quebrantado.
Anselmo, falté en callar.

ANS. Es inútil la defensa,
y á usted no se la consiento:
basta con el pensamiento,
para que exista la ofensa!

INES. Y supones en mí?

ANS. Todo!

INES. Desconfias?

ANS. Desconfío!

Por qué su honor, que es el mio,
arrastra usted por el lodo?

Por qué impura y desleal
oculta usted en su seno
el asqueroso veneno

de una pasion criminal?

Y con mengua de su fama,

¿por qué sigue usted callando?

Por qué ama usted á Fernando!

INES. (Retrocediendo horrorizada.)

Jesus!!

ANS. (Insistiendo.) Por qué usted le ama!

INES. Y en tí ha podido caber
tan horrible pensamiento?
Escúchame!

ANS. (Rechazándola.) No!

INES. (Cayendo en la lucha de rodillas.)

Un momento!

ANS. Ya nada quiero saber!

El horror que usted me inspira
harto publica mi agravio,
y es inútil que su labio

manche con una mentira!

INES. (Luchando.) Escúchame!

ANS. No, mil veces!

INES. Y mi dolor no te apiada?

Anselmo!

ANS. No escucho nada!

Te trato como mereces!

INES. Aunque cause mi tormento...

oye... todo lo sabrás...

(Haciendo visibles esfuerzos por poder hablar.)

Fer...nando... No puedo más!!

(Cae desmayada.)

ANS. (Corriendo á ella por un movimiento involuntario.)

Inés! desmayada! Siento una horrorosa inquietud!!...

(Con doliente desesperacion.)

Dios mio! Si es inocente, por qué no brilla en su frente la prueba de su virtud?

Inés! Y estoy solo!

(Corre agitadamente y tira de un llamador. Volviendo al lado de Inés y vertiendo lágrimas)

Inés!!

(Rehaciéndose y separándose de su lado.)

Qué hago? Indigno es de mí!!

ESCENA XIX.

LOS MISMOS: D. DIEGO, por la puerta de la derecha, y VICENTE, por la del foro.

VIC. Señor...

DIEGO. Qué ha pasado aquí?

ANS. (Con aparente calma, aunque dejando entrever su dolor.)

Nada... nada! Ya lo ves!! (Á D. Diego.)

(D. Diego y Vicente corren en auxilio de Doña Inés. En este momento cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion decorosamente amueblada. Puerta al foro y dos ventanas: una á cada lado de la puerta, las cuales dan vista al jardin. Puertas á la derecha y á la izquierda. La escena estará iluminada por la luz de un quinqué. Un velador con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

D. ANSELMO y D. DIEGO.

ANS. No insistas.

DIEGO. Pero por qué?

ANS. Porque tengo mi proyecto.

Retírate á descansar.

DIEGO. Inútil será tu empeño.

Digo lo que tú: no insistas,
porque aunque insistas, me quedo.

La experiencia me ha enseñado,
que hay dolores tan intensos,
que en un solo corazon
no pueden caber, Anselmo.

Deja que contigo sufra
un amigo verdadero.

ANS. Es mayor la pena mía
precisamente por eso...

DIEGO. (Interrumpiéndole.)

Bien: bien... Hablemos de tí,
de Elvira, de todos, ménos
de mí.

ANS. Dios no me abandona,
que para infundirme aliento,
tu generosa amistad
me concede, mi buen Diego!

DIEGO. (Procurando desentenderse.)
Há poco, si mal no oí,
que has concebido un proyecto
me dijiste.

ANS. Y así es.

DIEGO. Aunque peque de indiscreto,
podré preguntar?...

ANS. Fernando,
no lo afirmo, lo sospecho,
y quiera Dios que me engañe,
no desiste de su intento.
Los pesares de su alma
por mis pesares comprendo:
ama á Elvira, y este amor
ha sido su amor primero;
en brazos de su infortunio,
cómo le abandono? Debo,
si Dios me lo ha confiado,
ser su padre, y por él velo!
De todo cuanto aquí pasa
la culpa no es suya.

DIEGO. Ciertó.

ANS. Entónces .. (Se interrumpe y presta atencion.)

DIEGO. (Sin apercibirse de nada.) Pero tu idea
no he comprendido...

ANS. Silencio!

(Se dirige á la puerta de la izquierda y observa.)

DIEGO. Qué sucede?

ANS. (Para sí.) Mis sospechas
se confirman!

DIEGO. Qué misterios!

ANS. Es Vicente! Ya no hay duda!
Con Fernando está de acuerdo!...

DIEGO. Dime...

ANS. Todo lo sabrás.
Ven.
DIEGO. Adónde?
ANS. Á tu aposento.
(Vánse por el foro izquierda.)

ESCENA II.

VICENTE, apareciendo en la puerta de la izquierda con un
linterna en la mano.

(Deteniéndose en la puerta.)

Hay luz? Apago la mia.

(Apaga la linterna, se dirige á la mesa, y la deja
encima.)

Las órdenes he cumplido
que me dió Fernando. Siéntome,

(Se sienta junto á la mesa.)

y gusto le doy al vicio.

(Saca una pipa y la enciende con un fósforo.)

Todo para nuestra fuga

lo tengo ya prevenido:

ensillados los caballos

están, abierto el postigo

del jardin, y en las maletas

el equipaje preciso.

Pobre Fernando!... Tener

que abandonar estos sitios

en los cuales cada objeto

es un recuerdo querido!

Quién habia de decir!...

Lo que puede el egoismo!

Don Anselmo únicamente

le conserva algun cariño:

doña Inés, por el contrario,

á conceder el permiso

para su union, las escenas

de esta tarde ha preferido.

Y por qué? Porque es bastardo.

Acaso, el serlo es delito?

Acaso, cuando nacemos,

cuna y padres elegimos?
Acaso, ante Dios no somos
todos los hombres lo mismo,
ó es diferente la sangre
del prócer y del mendigo?
No, vive Dios! En los campos
de batalla, cuando he visto
correr la que en abundancia
derramaban los heridos,
nadie en aquel rojo mar
decir hubiera podido:
«esta es de un pobre soldado,
esta de un noble caudillo.»
Pero qué importa, si aquí
piensan de modo distinto.
Si le roban á Fernando
ventura, paz y cariño,
aún le queda un corazón,
que late por él: el mío!
Y si le falta dinero,
aquí tiene mi bolsillo.
Conservo en él veinte onzas:
son mis ahorros mezquinos
de diez años... Qué demonio!
Por qué Dios no me ha hecho rico?
Hasta hoy de la pobreza
no sentí el duro castigo.
No obstante, doy lo que tengo.
Si hicieran todos lo mismo!...
(Fijándose en la puerta de la izquierda)
Aquí viene ya... Le amo,
como si fuera mi hijo!

ESCENA III.

EL MISMO y D. FERNANDO.

FERN.	Todo lo has dispuesto?
VIC.	Sí.
FERN.	Nadie se habrá apercibido...
VIC.	Nadie.
FERN.	Pues sin hacer ruido

salgamos pronto de aquí.

VIC. Viste á doña Inés?

FERN. Vicente,
despues de lo que ha pasado
el partido que he adoptado,
es, sin duda, el más prudente.
Me voy sin verla. (Con pena.)

VIC. (Resueltamente.) Bien hecho!
Basta de contemplaciones!

(Respondiendo á una mirada de reconvencion de Fernando.)

Ha escuchado tus razones?

Si se enoja... buen provecho!

FERN. Que la trates con rudeza
yo no puedo consentir!

VIC. Ni yo puedo prescindir
de mi natural franqueza!
Qué quieres? Si te ofendió,
á mí tambien me ha ofendido,
y no me doy á partido ..
está claro... porque no!

Pero el tiempo pasa, y ya
de marchar sonó la hora:
cuando despierte la aurora
en Madrid nos hallará.

Doña Inés lo quiere?... sea!

Vamos andando!

FERN. Ay, Vicente!

Cómo se agita inclemente
en mi cerebro una idea!
Cómo, con dura traicion,
en mi desengaño gozan
mil recuerdos que destrozan
mi afligido corazon!

Aquí exhaló su fragancia
la flor de mi amor primero;
aquí gocé placentero
las dulzuras de la infancia!

Aquí de sus labios rojos
palabras de amor oia,
y abrasaba el alma mia
el resplandor de sus ojos!

Y ya... cuando á los albores
de la aurora nacarada,
recuerde mi Elvira amada
la imágen de sus amores;
cuando mayor fuerza den
á sus dolores secretos
esos jardines discretos,
testigos de nuestro bien,
sola, triste, derramando
ardiente llanto quizá,
á Fernando llamará,
y no estará aquí Fernando!
Oh! Vamos! No puedo más!
Sin esperanza me alejo!
Aquí una dicha me dejo,
que no encontraré jamás!

ESCENA IV.

LOS MISMOS y DOÑA INÉS, puerta de la derecha.

INES. Fernando!

VIC. (Adios!... ahora sí,
que se va á enredar de nuevo!)

INES. (Á Vicente.) Sal, y avisa si álguien viene.

VIC. (No digo!)

INES. (Á Fernando.) Espera un momento.

VIC. Mire usted que...

INES. No repliques!

VIC. (Saliendo por la puerta del foro.)
(Pues señor, no hay más remedio!)

ESCENA V.

DOÑA INÉS y FERNANDO.

INES. Sé que de acuerdo los dos
partir habeis decidido,
y porque lo sé, he venido
á darte el último adios!
Mas no esperes que te hable
para oponerme á tu ausencia:
por tu propia conveniencia

tu marcha es indispensable.
Ni el propio interés me guía,
ni á impedir tu fuga he vuelto,
que, á no haberla tú resuelto,
yo te la aconsejaria.

FERN. Comprendo lo que me pasa,
y no la culpo á usted, no:
qué derechos tengo yo
para habitar esta casa?
No me quejo, pues, ni extraño,
que se me arroje de aquí.

INES. Oh, calla! no hables así,
que me estás haciendo daño!
Parece que con fruicion
en mi martirio te gozas,
y que de intento destrozas
mi afligido corazon!
Yo desde niño te dí
el afecto que aún nos liga;
yo he sido siempre tu amiga...
una madre para tí!...

FERN. Una madre! (Conmovido.)

INES. Tu ventura
procuré con fe sincera;
de una madre verdadera
fué para tí mi ternura.
Y si tal comportamiento
tuve... y tu madre no soy,
justo es que me muestres hoy
algun agradecimiento.

FERN. Oh! sí! Mas por qué, señora,
usted misma se ha empeñado
en borrar de ese pasado
la imagen consoladora?
Cómo he de escuchar con calma,
que mi ventura queria,
la que hoy ve con sangre fria
los dolores de mi alma?
Á una mujer, con placer,
consagré mi vida entera;
mi dicha, mi gloria era
el amor de esa mujer!

Y cuando luce el albor
de un bien que yo presentí,
usted me arroja de aquí,
usted me roba su amor!

INES. Fernando!

FERN. Tal es conmigo
su cariñoso interés?

INES. Hijo!

FERN. Perdon, doña Inés,
que no sé lo que me digo!
Pero es un suplicio eterno
con mágico eden soñar,
y más tarde, al despertar,
despertar en el infierno!
Sabe usted lo que es perder
de una vez cuanto se adora?
No lo sabe usted, señora:
no lo puede usted saber!
Esta tarde... á qué invocar
un recuerdo abrumador!
Con el ageno dolor
voy el mio á consolar?

ESCENA VI.

LOS MISMOS y VICENTE.

VIC. (Entrando precipitadamente por el foro.)
Fernando, vamos!

INES. Qué ocurre?

VIC. Qué ha de ocurrir? Que don Diego
en conversacion está
con el señor don Anselmo.
Hasta mí llegó el rumor
de sus palabras, y temo
que si llegan á venir,
vamos á ser descubiertos.

FERN. Tienes razon!... Es preciso!...
y aunque es preciso... no puedo!
Una fuerza superior...
no sé qué poder secreto
domina mi voluntad

y embarga mis movimientos!

INES. (Sin poder contener sus lágrimas.)
(Qué espiacion tan horrible!)

FERN. Doña Inés...

VIC. (Impaciente.) (Rayos y truenos!)
Pues no estoy casi llorando!
Qué esperas?... (Voto al infierno!)
Á pesar de todo... yo
no sirvo para ver esto!

FERN. (Haciendo un esfuerzo por dominarse.)
Adios, señora!...

INES. (Dominando por un momento su emocion.)

Fernando,

hijo mio!... Adios!... Eterno
es este adios; mas no importa:
aunque viva de tí léjos,
á donde vayas, irá
contigo mi pensamiento.
Sé honrado como hasta hoy;
conserva de mí un recuerdo,
y perdona á esta infeliz
todo el daño que te ha hecho.
Tal vez algun dia sepas
el misterioso secreto,
que á ser tan cruel me obliga,
y ese dia... yo lo espero,
llegarás á comprender
lo mucho que estoy sufriendo!
Déjame que te bendiga!

FERN. (Conmovido.) Señora...

INES. (Colocando su mano derecha sobre la inclinada
cabeza de Fernando.)

Y que desde el cielo

Dios te bendiga tambien.

VIC. (Con creciente impaciencia.)
Sí! Sí!... todo eso es muy bueno;
pero vámonos!

INES. (Á Fernando.) Abrazame!

(Se abrazan con efusion dejando correr las lágrimas.)

VIC. (Dale!... Vamos; se han propuesto
hacerme llorar!)

INES.

Ahora,
vete!... ya no te detengo!
(Volviendo á abrazarle por un impulso violento.)
Adios por última vez!

FERN.

(Desprendiéndose.) Adiós!!

INES.

(Viendo salir á Fernando por la puerta del foro.)
(Sin vida me quedo!)
Vicente! (A Vicente que va á salir.)

ESCENA VII.

DOÑA INÉS y VICENTE.

VIC.

(Volviendo la cabeza al ser llamando.)
Con Dios!

INES.

Aguarda.

VIC.

Señora... (Deteniéndose.)

INES.

(Entregándole una cartera.) Toma!

VIC.

(Con sorpresa.) Qué es esto?

INES.

Para que nada le falte.

VIC.

(Abriendo la cartera y examinando su contenido.)
Billetes!... no sé si debo...

INES.

Yo te mando que los tomes!

VIC.

(Guardándose la cartera.)
Si usted lo manda, obedezco;
y en nombre de don Fernando
le doy gracias... y me ausento.

INES.

Bajo tambien al jardin. (Vicente la mira.)
La noche es clara, y deseo,
aunque la pena me mate,
verle partir.

VIC.

(No lo entiendo.)
Entonces...

INES.

(Comprendiendo el temor de Vicente.)
No me verá!

VIC.

Ya varia.

INES.

Lo prometo.
(Vánse por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

ELVIRA.

Sale cautelosamente por la puerta izquierda.

Nadie!... Mi dolor me alienta!

(Se dirige á la ventana inmediata.)

Desde aquí veré á mi amor
al flotante resplandor
de la luna macilenta.

(Abre las hojas y penetran los rayos de la luna, que
bañan completamente la figura de Elvira.)

La esperanza, que perdida
lloro, con pesar profundo,
ha sido el gérmen fecundo
del manantial de mi vida.

¡Qué mucho que nos abrume,
Fernando, nuestra afliccion,
si un alma sin ilusion
es una flor sin perfume!

Tu recordó, aunque te vas,
queda turbando mi calma,
en la memoria del alma
que no se extingue jamás!

De mi horroroso tormento
es tan ruda la violencia,
que ya ni aun tengo conciencia
de mi propio sentimiento.

Señor!... Si no puede ser
propicia á mi amor la suerte,
que me sorprenda la muerte
cuando le deje de ver!

ESCENA IX.

LA MISMA y D. DIEGO.

DIEGO. (Entrando por la puerta izquierda.)

Elvira!

ELVIRA. (Volviéndose inquieta.) Quién es?

- (Con sorpresa.) Don Diego!
- DIEGO. Buscaba á usted.
- ELVIRA. Qué sucede?
- DIEGO. Que Fernando no se va!
Ha salido á detenerle
su padre de usted.
- ELVIRA. Mi padre!
- DIEGO. Que se opone á que se ausente
de esta casa.
- ELVIRA. (Con fruicion.) ¿No es un sueño?
El júbilo me enloquece!
Volveré á verle!... Dios mio...
Dios mio... ¿qué bueno eres!
Y á usted, que con mi ventura
goza, y con mi pena siente;
ángel bueno, que me arranca
de los brazos de la muerte,
y volviéndome á la vida,
más que la vida me vuelve...
cómo pagar?...
- DIEGO. ¿Pues pagado
no estoy, Elvira, con creces,
permitiendo á mi amistad,
que por usted se interese?
Me satisfago á mí propio!
Quien noble afecto aquí siente,
(Señalando el corazon.)
goza cuando ve gozar
á una persona á quien quiere.
- ELVIRA. (Con rubor.) Don Diego!
- DIEGO. (Mirando hácia la puerta del foro.)
No escucha usted?
- ELVIRA. (Con júbilo.) Es Fernando!... Lo presiente
el alma mía!
- DIEGO. (Adelantándose á la puerta del foro.)
¿Qué miro?
Anselmo tan solo viene!
- ELVIRA. (Sin moverse de su puesto, y conteniendo los latidos
de su corazon.)
Y Fernando!
- DIEGO. (Volviendo á mirar.) Sí!... es verdad.
- ELVIRA. Mi corazon nunca miente!

ESCENA X.

LOS MISMOS, D. ANSELMO y FERNANDO.

ELVIRA. (Corriendo al encuentro de Fernando.)

Fernando!

FERN. (Adelantándose.) Mi Elvira amada!

ANS. (Á Fernando.) Ahora parte si te atreves!

(El final de la escena anterior y el principio de esta, deben ligarse con calor y viveza. En este momento ligerísima pausa.)

FERN. (Con emocion.) Señor...

ANS. Esta recompensa

mi solicitud merece?

¿Por qué desoyes mi ruego?

¿por qué obstinado, pretendes

abandonar á tu Elvira

y á tu padre para siempre?

Te engañas, ó nos engañas,

cuando dices que nos quieres!

FERN. Oh, no!

ANS. Danos una prueba.

Amor con la ausencia muere,

porque es la ausencia en amor

precursora de la muerte.

Quien bien ama, ante el peligro

ni un momento retrocede!

FERN. ¿Usted qué exige de mí?

ANS. Solo exijo que te quedés.

FERN. (Después de un instante de vacilación.)

No es posible!

ANS. Una esperanza

en cambio puedo ofrecerte.

FERN. Una esperanza?

ELVIRA. Dios mío!

FERN. No es ilusión de mi mente?

Dice usted?...

ANS. Que me interesa,

como es natural, tu suerte,

y á injustas contrariedades

estoy resuelto á oponerme.

- Elvira será tu esposa!
FERN. Hay obstáculos...
ANS. (Con firmeza.) Se vencen!
FERN. Doña Inés...
ANS. Accederá!
FERN. No hallo palabras que expresen
el júbilo que me inunda!
ELVIRA. Señor!... deje usted que bese
la mano, que mi perdida
felicidad me devuelve!
DIEGO. (Á Anselmo.) El interés que demuestras
en su favor bien merecen.
ANS. (Con ternura.) Sí, sí, hijos míos; es justo
que ya vuestra pena cese!
El amor, casto perfume
que del alma se desprende,
con su mágica virtud
idealiza, embellece
la existencia. Sed dichosos
como el hombre serlo puede;
que su vida miserable,
patrimonio de la muerte,
para sufrir es muy larga
y para gozar muy breve!
Tened confianza en mí.
Esta situación no debe
prolongarse, y es preciso
que termine.
DIEGO. (Con temor.) ¿Qué pretendes?
ANS. (Con aparente calma.)
Ya lo sabrás! (Llamando.) Guadalupe!...
Guadalupe!...
ELVIRA. Si usted quiere
iré á llamarla: quizás
descansando esté...
ANS. (Mirando á la puerta izquierda.) Ya viene.
(Á Guadalupe que entra.)
Guadalupe, á la señora
vaya usted á hacer presente,
que aquí la espero.
GUAD. Está bien.
Sale por la puerta derecha.)

FERN. (Con recelo.) Señor!... si usted compromete su reposo, no aceptamos] la dicha que nos ofrece.

ANS. Si le arguye la conciencia, el hombre el reposo pierde: mi conciencia, siendo justo, no espero que me atormente.
(Dirigiéndose á Guadalupe, que vuelve á salir.)
¿Qué ha dicho?

GUAD. No está en su cuarto.

ANS. (Ap. como obedeciendo á una idea de temor.)
(Tal vez la marcha recele...) (Mirando á Fernando.) (Tomando una resolucion.)
Venid; en ese aposento esperadme, que no debe ser larga mi ausencia. Pronto se decide vuestra suerte.
(Se dirige con ellos á la puerta izquierda.)

GUAD. (Ap. y caminando con sobresalto.)
(Dios mio!... mi corazon una desgracia presente.)
(Desaparecen todos ménos D. Diego.)

ESCENA XI.

D. DIEGO, VICENTE y despues INÉS y D. ANSELMO.

VIC. (Entrando por la puerta del foro seguido de Doña Inés.)
Tampoco aquí!... ¿Dónde diablo habrá podido esconderse?
(Reparando en D. Diego.)
Don Diego!... Perdone usted, aunque de indiscreto peque, que le pregunte, si ha visto á...

(Reparando en D. Anselmo, que aparece por la puerta izquierda.)

Don Anselmo!

ANS. (Despues de fijar su atencion en Doña Inés.)
Vicente!

VIC. Señor...

ANS. Retírate!

VIC. (Contrariado.) Es que...

ANS. Retírate!! (Con imperio.)

VIC. Es que ..

ANS. (Impaciente.) ¿No entiendes?

VIC. (Con embarazo.) Sí señor; entiendo; pero... entender no me conviene, porque busco... y lo que busco...

ANS. Que salgas digo!! (Con violencia.)

VIC. Corriente!

Pero seguiré buscando, hasta que buscando encuentre á quien no está aquí, y despues nos iremos... para siempre!

(Váse por la puerta del foro.)

INES. (¿Qué me anuncia la inquietud que mi espíritu conmueve?)

ANS. (Á D. Diego, que hace ademan de marcharse.) ¿Á dónde vas, Diego?

DIEGO. (Con embarazo) Voy...

ANS. (Con firme resolucion á D. Diego.) Te suplico que te quedes.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, ménos VICENTE.

ANS. (Á D. Diego.) Conoces nuestro secreto, y has de ser juez imparcial, á cuyo fallo leal préviamente me someto. Haré completa abstraccion; prescindiré de mí mismo, y no hallará el egoismo los fueros de la razon.

INES. (En esa tranquilidad que mal demostrarse puede, veo la calma que precede á una horrible tempestad.)

ANS. (Á Inés.) Por lo que estoy observando, ha debido usted saber,

que está resuelto á perder
familia y casa Fernando.
Al ausentarse de aquí,
como todo en él lo indica,
por usted se sacrifica;
se sacrifica por mí!
Á dar su ofensa al olvido
se apresura generoso,
y al precio de su reposo
comprar el nuestro ha querido.
Si tan bizarra hidalguía
su corazon atesora,
estoy dispuesto, señora,
á responder con la mia.
Fernando no partirá!
Sus pasos he vigilado,
y yo la marcha he evitado.

INES. Y está en casa? (Con dolorosa ansiedad.)

ANS. En casa está.

INES. ¿Qué has hecho?

ANS. Mi obligacion.

Cumplido el deber primero,
de usted, como es justo; espero
que venza su obstinacion.

INES. Por gratitud, por deber,
nadie como yo desea
que Fernando feliz sea!...

¡Pero si no puede ser!!

Tu voluntad no coarta
un capricho temerario,
y por eso es necesario...
es necesario que parta!

ANS. Pero usted, en qué razones
se funda para negar...

INES. Anselmo, no puedo dar
mas claras explicaciones.

ANS. Y usted no sabe que así,
privándole de la calma,
se va Fernando sin alma,
porque el alma deja aquí?
¿Qué genio fatal la inspira
que un doble infortunio quiere?

¿Si de amor Fernando muere,
no muere de amor Elvira?

INES. (Qué martirio!)

ANS. (Al ver que permanece Doña Inés callada.)

En vano invoco

la razon con noble empeño!

¿Es esto verdad, ó sueño?

¿Estoy cuerdo, ó estoy loco?

(Con fuerte resolucion.)

No me hará retroceder

su resistencia invencible!

DIEGO. Anselmo!... (Procurando calmarlo.)

ANS. Si no es posible

que me pueda contener!

Y no soy, Diego, en verdad

quien por sus actos se irrita;

¡es la justicia que grita

al ver tanta iniquidad!

(Volviéndose de nuevo á Doña Inés.)

El responsable no soy

de cuanto pasa, y ahora

usted me obliga, señora,

á dar el paso que doy.

De mi autoridad usando

evito mayores males.

(Sacando un pliego del bolsillo del pecho.)

El contrato de esponsales

de nuestra hija y Fernando,

es este.

(Se dirige á la mesa y toma una pluma.)

INES. (Oh, Dios!) Y podrás

obligarme... ten presente...

(Viendo que D. Anselmo firma.)

¿Qué vas á hacer?... No!... Detente!

ANS. (Presentando el papel y la pluma.)

Usted, ahora!

INES. (Retrocediendo horrorizada.) Jamás!!

ANS. Firme usted!

INES. Antes morir

mil veces preferiria!

ANS. (Con mal reprimida ira.)

Á no verlo, dudaria

de todo... Si he de insistir
hasta lograr que Fernando
realice su amante anhelo!

INES. Desiste en nombre del cielo!

ANS. (Con imperio colocándole la pluma en la mano, y ar-
rastrándola cerca de la mesa.)

Firme usted! Yo se lo mando!!

(Viendo que tira la pluma.)

Inés!

INES. (Momento fatal!)

Ni aun á la violencia cedo,
porque autorizar no puedo,
un enlace criminal.

ANS. (Qué dice! (Horrorizados.)

DIEGO. (Mi afán prolijo

en vano callar queria,
que si Elvira es hija mía...
tambien Fernando es mi hijo!

ANS. (En el acceso de la desesperacion.)

Tu hijo!... Fernando!!... No!!

Tú engañar al hombre honrado,
que su honor te ha confiado!!

¡Dí que tu labio mintió!!

INES. (Dios mi sufrimiento apura!)

(Entre sollozos y con movilidad.)

Antes de yo conocerte,

herida el alma de muerte

lloraba su desventura.

Huérfana, sin experiencia,

si al deber hice traicion,

de esa falta la razon

no puede dar mi conciencia!

.
Despues, te ví... ¿Á qué invocar
los recuerdos del pasado?

como entónces fuiste amado,

te amé siempre, y te he de amar.

(Creciendo su agitacion.)

Tú partiste... y supe un dia,

que el hijo de mis entrañas

entre personas extrañas

lejos de mí se moria!
Deshecho en llanto mi pecho,
fui por él sin vacilar!
Era madre!... En mi lugar
hubieras lo mismo hecho!
(Envueltas las frases en lágrimas.)

Al ver mi triste afliccion
no te conduele mi suerte?

(Cayendo de rodillas.)

Anselmo... dame la muerte,
si me niegas tu perdon!!

ANS. (Con marcado acento de dolor.)

Dios mio! Y así he de ver
que sucumbe mi esperanza!
Perdida la confianza,
qué más se puede perder!

DIEGO. (Acercándose conmovido á D. Anselmo.)

Aunque la pena te aflija,
ten presente que eres padre,
y el oprobio de la madre,
puede alcanzar á la hija.
Á qué abrir entre los dos
un abismo más profundo:
sobre los juicios del mundo
están los juicios de Dios!
No olvides, y así has de ver
calmarse tu sentimiento,
que es castigar un tormento,
y perdonar un placer!

ANS.

Diego, si en mi situacion
no es solamente mi pena,
la que de amargura llena
mi afligido corazon!
Si en mi pecho la crueldad
nunca un asilo ha encontrado;
si á ser justo me ha enseñado
mi propia debilidad!
Si nadie de mi querella
la voz doliente ha de oir!
Si yo quisiera sufrir
por todos... hasta por ella! (Mira á Doña Inés.)
Mas aunque así calmar quiero

nuestros dolores prolijos,
cómo, de mis pobres hijos
calmar el quebranto fiero?

(Señalando involuntariamente la puerta de la izquierda, á la que se dirige con paso vacilante.)

INES. (Obedeciendo al temor y á la sospecha de que sus hijos hayan podido escuchar su revelacion.)

Cómo! Allí!... Tal vez...

DIEGO. (Con ademán de detener á D. Anselmo.) Espera!
Yo en tu lugar debo ir.

ANS. (Comprendiendo la generosidad de la intencion que guía á D. Diego.)

Si más no puedo sufrir,
aunque sufrir más quisiera!

(Abre la puerta y ántes de entrar, dice los siguientes versos.)

Fuerza el cielo me dará,
pues tan solo en él confío.

(Va á entrar y aparece Elvira.)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS y ELVIRA.

ANS. { Elvira. (Viéndola salir con paso vacilante.)

INES.

ELVIRA. (Haciendo penosos esfuerzos por dominar su profunda emocion.)

(Valor! Dios mio!) (Ligera pausa.)

ANS. Y Fernando? (Con temor.)

(Elvira quiere hablar, y al ver que el dolor la embarga la palabra, se dirige á la ventana, la abre y señala hácia el campo, que se ve por encima de las tapias del jardin.)

Partió ya!

(Nueva pausa, durante la cual, todos hacen manifestar su dolor.)

INES. (Señor, si mi horrible suerte
no sufro sola, por qué
cuando de tí me olvidé,
no me sorprendió la muerte?)

Mi triste revelacion (Dirigiéndose á su hija.)

- acrecienta tu agonía!
- ELVIRA. Yo nada sé, madre mía!
- INES. Hija de mi corazón! (Abrazándola.)
- ANS. Qué mucho que destrozado
(Contemplando á Inés.)
su pecho el dolor consuma!
La pena que nos abrumba
es la herencia del pecado!
Contemplando su aflicción
es más grande mi tormento!
- DIEGO. Al ver su arrepentimiento
será justo tu perdón.
- INES. Anselmo!
(Viniendo á caer de rodillas á los pies de D. Anselmo.)
- ANS. Que Dios de tí
se apiade como me apiado,
y proteja al desdichado
que parte lejos de aquí!
De su suerte vaya en pos
nuestra plegaria bendita,
confiando en la infinita
misericordia de Dios!
(Cuadro. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA.

NOTA. El suceso que sirve de base al argumento de este drama, es histórico, ó como tal nos lo han referido.

LOS AUTORES.

uiciencia.
 elmadreno.
 vicio.
 de viento.
 Correlargo.
 o.
 gimiento.
 ni mujer.
 s.
 ey René.
 Murillo.
 de Catana.
 a.
 la vida.
 aran.
 piloto.
 el campamento, ó
 frica.
 s de la niebla.
 matrimonio.
 abel.
 allo.
 encia.
 aja.
 ada.
 (refundida.)
 obrina.
 no.
 a.
 18.
 ta de pájaro.
 ojuelas.
 Polonia.
 Emparedada.

Miserias de aldea.
 Mi mujer y el primo.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende, ó un hom-
 bre tímido.
 Nobleza contra nobleza.
 No es todo oro lo que reluce.
 No lo quiero saber.
 Nativa.
 Olimpia.
 Propósito de enmienda.
 Pescar á río revuelto.
 Por ella y por él.
 Por heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Por la puerta del jardín.
 Poderoso caballero es D. Dinero.
 Pecados veniales.
 Premio y castigo, ó la conquis-
 ta de Ronda.
 Por una pension.
 Para dos perdices, dos.
 Préstamos sobre la honra.
 Para mentir las mujeres.
 ¡Que convido al Coronel!...
 Quien mucho abarca.
 ¡Qué suerte la mía!
 ¿Quién es el autor?
 ¿Quién es el padre?
 Rebeca.
 Ribal y amigo.
 Rosita.
 Su imagen.
 Se salvó el honor.
 Santo y peana.
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)
 Sueños de amor y ambición.
 Sin prueba plena.
 Sobresaltos de un marido.
 Si la mula fuera buena.
 Tales padres, tales hijos.
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabiar por cuenta ajena.
 Tod' unos.
 Torbellino.
 Unamor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Un dómíne como hay pocos
 Un pollito en calzas prietas.
 Un hiesped del otro mundo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una noche en blanco.
 Uno de tantos.
 Un marido en suerte.
 Una lección reservada.
 Un marido sustituto.
 Una equivocación.
 Un retrato á quemarropa.
 ¡Un Tiberio!
 Un lobo y una raposa.
 Una renta vitalicia.
 Unallave y un sombrero.
 Una mentira inocente.
 Una mujer misteriosa.
 Una lección de corte.
 Una falta.
 Un paje y un caballero.
 Un sí y un no.
 Una lágrima y un beso.
 Una lección de mundo.
 Una mujer de historia.
 Una herencia completa.
 Un hombre fino.
 Una poetisa y su marido.
 ¡Un regicida!
 Un marido cogido por los cabe-
 llos.
 Un estudiante novel.
 Un hombre del siglo.
 Un vicio pollo.
 Ver y no ver.
 Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

edoro.
 uena ley.
 eo.
 chilladas
 Gitana.
 rte.
 ra.
 o.
 nita.
 to, ó el Alcalde pro-
 ,
 e una ópera.
 y la maja.
 hortelano.
 n Marruecos.
 a ratonera.
 carnaval.
 rama lírico.)
 de la Rioja (*Música.*)
 de Letorierres.
 escape.
 spanol.
 eliz.
 lanco.
 onono.
 ueno de un pollo
 y Valdemoro.
 mo... ¡animal!
 la calle Mayor.
 del toro.

El mundo nuevo.
 El hijo de D. José.
 Entre mi mujer y el primo.
 El noveno mandamiento.
 El juicio final.
 El gorro negro.
 El hijo del Lavapiés.
 El amor por los cabellos.
 El mudo.
 El Paraíso en Madrid.
 El elixir de amor.
 El sueño del pescador.
 Giralda.
 Harry el Diablo.
 Juan Lanas. (*Música.*)
 Jacinto.
 La litera del Oidor.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)
 Los dos flamantes.
 La modista.
 La colegiala.
 Los conspiradores.
 La espada de Bernardo.
 La hija de la Providencia.
 La roca negra.
 La estatua encantada.
 Los jardines del Buen retiro.
 Loco de amor y en la corte.
 La venta encantada.
 La loca de amor, ó las prisiones
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
 La toma de Tetuan.
 La cruz del valle.
 La cruz de los Humeros.
 La Pastora de la Alcarria.
 Los herederos.
 La pupila.
 Los pecados capitales.
 La gitanilla.
 La artista.
 La casa roja.
 Los piratas.
 La señora del sombrero.
 La mina de oro.
 Mateo y Matea.
 Moreto. (*Música.*)
 Matilde y Malek-Adhel.
 Nadie se muere hasta que Dio
 quiere.
 Nadie toque á la Reina.
 Pedro y Catalina.
 Por sorpresa.
 Por amor al prójimo.
 Peluquero y marqués.
 Pablo y Virginia.
 Retrato y original.
 Tal para cual.
 Un primo.
 Una guerra de familia.
 Un cocinero.
 Un sobrino.
 Un rival del otro mundo.
 Un marido por apuesta.
 Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.
Alcalá de Henares.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almagro.
Almería.
Andújar.
Antequera.
Aranjuez.
Ávila.
Avilés.
Badajoz.
Baeza.
Barbastro.
Barcelona.

Bejar.
Bilbao.
Burgos.
Cabras.
Cáceres.
Cádiz.
Calatayud.
Canarias.

Carmona.
Carolina.
Cartagena.
Castellón.
Castroudales.
Ceuta.
Ciudad-Real.
Córdoba.

Coruña.
Cuenca.
Ecija.
Ferrol.
Figuerras.
Gerona.
Gijón.
Granada.

Guadalajara.
Habana.
Haro.
Huelva.
Huesca.
Irún.
Látiva.
Lérida.
Linares.
Logroño.
Lorca.

S. Ruiz.
Z. Bermejo.
J. Martí.
R. Muro.
J. Gossart.
A. Vicente Perez.
M. Alvarez.
D. Caracuel.
J. A. de Palma.
D. Santisteban.
S. Lopez.
M. Roman Alvarez.
F. Coronado.
J. R. Segura.
G. Corrales.
A. Saavedra, Viuda de
Bartumeus y I. Cerdá.
J. Teixidor.
E. Delmas.
T. Arnaiz y A. Hervias.
B. Montoya.
H. K. Perez.
V. Morillas y Compañia.
F. Molina.
F. Maria Poggi, de Santa
Cruz de Tenerife.
J. M. Eguiluz.
E. Torres.
J. Pedreño.
J. M. de Soto.
L. Ocharán.
M. Garcia de la Torre.
P. Acosta.
M. Muñoz, F. Lozano y
M. Garcia Lovera.
J. Lago.
M. Mariana.
J. Giuli.
N. Taxonera.
M. Alegret.
F. Dorca.
Crespo y Cruz.
J. M. Fuensalida y Viuda
ó Hijos de Zamora:
R. Ohana.
M. Lopez y Compañia.
P. Quintana.
J. P. Osorno:
M. Guillen.
R. Martinez.
J. Perez Fluixá.
F. Alvarez de Sevilla.
J. Urquia.
Miñón Hermano.
J. Sol é hijo.
J. M. Caro.
P. Briebe.
A. Gomez.

Lucena.
Lugo.
Mahon.
Málaga.
Manila (Filipinas).
Mataró.
Mondonedo.
Montilla.
Murcia.

Ocaña.
Orense.
Orihuela.
Osuna.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.
Pamplona.
Pontevedra.
Priego (Córdoba).
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.
Requena.
Reus.
Rioseco.
Ronda.
Salamanca.
San Fernando.
S. Ildefonso (La Granja)
Sanlúcar.
San Sebastian.
S. Lorenzo. (Escorial.)
Santander.
Santiago.
Segovia.
Sevilla.
Soria.
Talavera de la Reina.
Tarazona de Aragon.
Tarragona.
Teruel.
Toledo.
Toro.
Trujillo.
Tudela.
Tuy.
Ubeda.
Valencia.

Valladolid.
Vich.
Vigo.
Villanueva y Geltrú.
Vitoria.
Zafra.
Zamora.
Zaragoza.

J. B. Cabeza.
Viuda de Pujol.
P. Vinent.
J. G. Tahoada y
Moya.
A. Olona.
N. Clavell.
Viuda de Delgado.
D. Santolalla.
T. Guerra y Hered.
de Andrión.
V. Calvillo.
J. Ramon Perez.
J. Martinez Alvarez.
V. Montero.
J. Martinez.
Hijos de Gutierrez.
P. J. Gelabert.
J. Rios Barrena.
J. Buceta Solla y Con
J. de la Gámará.
J. Valderrama.
J. Mestre, de Mayaga
C. Garcia.
J. Prius.
M. Prádanos.
Viuda de Gutierrez,
R. Huebra.
J. Gay.
J. Aldrete.
I. de Oña.
A. Garralda
S. Herrero.
C. Medina y F. Hernand
B. Escribano.
L. M. Salcedo.
F. Alvarez y Comp.
F. Perez Rioja.
A. Sanchez de Castro.
P. Veraton.
V. Font.
F. Baquedano.
J. Hernandez.
L. Poblacion.
A. Herranz.
M. Izalzu.
M. Martinez de la C
T. Perez.
I. Garcia, F. Navarro y
Mariana y Sanz.
D. Jover y H. de Rodri
Soler, Hermanos.
M. Fernandez Dios.
L. Creus.
J. Ogundo.
A. Oguet.
V. Fuerles.
L. Decassi, J. Comin
Comp. y V. de Hered

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA y PLAZA, cal
de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, cal
del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.